

El pensamiento sociológico entre la violencia y el deporte: una revisión sistemática

Antonio Sánchez Pato

Universidad Católica de Murcia

apato@ucam.edu

Resumen: Nuestro propósito en este artículo es revisar en qué medida el pensamiento sociológico ha contribuido, de manera directa o indirecta, al estudio de la violencia en general, y de la violencia en el deporte más concretamente. Para ello, realizamos una revisión sistemática, que no atiende a un criterio cronológico estricto, ni de escuelas ni corrientes de pensamiento, sino a autores representativos de la historia del pensamiento sociológico que han reflexionado sobre el deporte y/o la violencia en toda la extensión de su campo semántico y conceptual que lo rodea, y que queremos desvelar: conflicto, lucha de clases, dominación, delito, anomia, etc., etc. y que, además, utilizamos de guía. Como conclusión, presentamos a cada autor junto a los conceptos fundamentales para comprender el deporte y la violencia desde la sociología. Además, indicamos las aportaciones que estos modelos pueden hacer al estudio de la violencia en el deporte y lo que puede aportar el deporte a la teoría sociológica desde: la integración micro-macro; la integración acción-estructura; el posmodernismo y con la teoría posmarxista; la sociología marxista; y, la metateorización.

Abstract: The main aim of the paper is to present a general overview of sociological thought on violence in sport showing how the main theories of sports sociologists can be applied to this specific research field. The goal of the paper is to provide material to help scholars and educators interested in the field better design their research and projects aimed at using sport as a means for peace and social inclusion

Keywords/palabras clave: sport, violence, conflicts, sociological thought/deporte, violencia, conflictos, pensamiento sociológico.

1. Introduction

El origen de la sociología se cifra en tres acontecimientos fundamentales: la Revolución Francesa, la Independencia de las Colonias y la Revolución Industrial, tres hechos históricos que cambiaron definitivamente la faz del mundo occidental. En esta tesitura, y ante los cambios que se estaban produciendo y los que se avecinaban, fue necesario realizar una reflexión profunda sobre la nueva situación que en muchos casos resultaba problemática, debido a los cambios estructurales en la organización de la convivencia social, de las instituciones y de las formas de vida.

Una situación semejante la experimentó el deporte, considerado “a-problemático” en un principio, pero convirtiéndose, en los últimos tiempos, en fuente de problemas sociales y, por tanto, en problema sociológico (violencia, discriminación, politización, mercantilismo, etc.).



The articles are published under the Creative Commons copyright license policy CC-BY-NC-ND. Users are allowed to copy and redistribute the material in printed or electronic format and build upon the material, without further permission for non commercial use. ©2018 International Journal of Sports Humanities (IJSHU) – <http://www.sporthuma.net>.

Por esta razón, las reflexiones sociológicas son de gran importancia para comprender el deporte y, todavía más, para entender aquellas situaciones problemáticas que lo aquejan, tales como la violencia. Sin embargo, poco o nada se han preocupado del deporte como objeto de estudio los clásicos de la sociología; y hasta hace apenas cinco décadas no se habían ocupado del fenómeno de la violencia en el deporte. No obstante, en los últimos años han proliferado las referencias a esta cuestión, tanto a través de monografías como de artículos científicos.

Nuestro propósito en este artículo es revisar en qué medida el pensamiento sociológico ha contribuido, de manera indirecta en muchos casos, al estudio de la violencia en general, y de la violencia en el deporte más concretamente.

La revisión que presentamos no atiende a un criterio cronológico estricto, ni de escuelas ni corrientes de pensamiento. Asimismo, la relevancia del pensamiento de los autores recogidos en este trabajo no se reduce a la violencia en sentido estricto, sino a todo el campo semántico y conceptual que lo rodea, y que queremos desvelar: conflicto, lucha de clases, dominación, delito, anomia, etc., y que, además, nos ha de servir de guía.

1.1. Lucha (Saint-Simón), consenso (Comte), conflicto (Marx) y anomia (Durkheim)

Henri de Saint-Simón (1760-1825), fue contrario a la violencia revolucionaria, lo que le supuso la cárcel durante casi un año, durante la dictadura democrático-revolucionaria de los jacobinos. Consideraba que la educación es una segunda existencia dada al hombre; es la vida moral, tan apreciable como la vida física. Pensaba que a cada uno se le debía valorar según su capacidad, y a cada capacidad según sus obras: a la mayor capacidad se debe la más alta retribución. Asimismo, concebía la tierra como un gran campo de lucha, donde la victoria se consigue por la riqueza adquirida, la ciencia, el talento y la virtud, y no por el manejo de la espada, la violencia o la traición.

Ante la violencia de las guerras napoleónicas, Saint-Simón se refugia en el cristianismo, de cuyas bases quiere construir una sociedad socialista. Previó la industrialización de Europa, sugiriendo para el futuro la unión entre las naciones para acabar con las guerras.

Por su parte, Auguste Comte (1789-1857), nos ha legado la ley de los tres estadios (Teológico, Metafísico y Positivo), que refleja los avatares del hombre a lo largo de la historia, así como de la humanidad a través de cada hombre. Muchas conductas humanas realizadas dentro del campo de la violencia responden a actitudes más propias de un estadio teológico o metafísico que científico positivista. Las manifestaciones de violencia varían en cada estadio, del mismo modo que -valga el paralelismo- el sentido del deporte ha pasado por distintos estadios: de culto o religioso, apolítico y “ahistórico”, a metafísico y, de ahí, a científico. Una prueba confirmatoria de la llegada del estadio científico -positivo- son algunos de los estudios actuales del deporte basados en la táctica, la técnica y los resultados. Estos estudios cuantitativos conllevan medidas de prevención de la violencia igualmente cuantitativas, esto es, de control.

Para Comte no sería necesario el conflicto como motor social, el consenso es más importante en el desarrollo social. Sin embargo en muchos casos la aparición de conflictos en el entorno deportivo es el desencadenante de la violencia, o viceversa, que la aparición de violencia da lugar a la creación de conflictos.

De hecho, contrariamente a la opinión comtiana de progresión natural de un estadio a otro, otros autores (como Marx) consideran los conflictos como el verdadero motor de la historia. Los conflictos sociales están muy arraigados en la formación de los primeros grupos de hooligan, y esta cuestión lleva a rechazar una interpretación de la violencia en el deporte como algo meramente numérico y cuantificable, como se desprendería de una visión positivista (relato del número de incidentes, muertes, heridos, destrozos, etc.) y no conflictual de la cuestión.

Si para Marx los conflictos son parte fundamental de la propia historia de la humanidad, del desarrollo de la materia, para Émile Durkheim (1858-1917), por el contrario, no son

necesarios. La visión conflictual de la sociedad, tan importante para comprender el fenómeno de la violencia de los espectadores, por su función reguladora, al tiempo que propiciatoria de la aparición de conductas violentas, en quienes que no son capaces de resolver los conflictos por otra vía, queda relegada en Durkheim. No olvidemos que el conflicto es, etimológicamente hablando, un combate, una lucha, una pelea.

Para Durkheim, la sociedad está formada por estructuras sociales con diferentes funciones; aunque debemos distinguir las funciones de tales estructuras de los factores causalmente responsables de que existan. La conexión que establece con el funcionalismo posterior es de suma importancia para abordar la posible “función” que algunos atribuyen a la violencia en el deporte como catarsis o válvula de escape.

Durkheim distingue entre “solidaridad mecánica”, en las sociedades primitivas, y “solidaridad orgánica”, en las sociedades más modernas, siempre con relación a la división social del trabajo (Cf., Durkheim, 1893, *La división del trabajo social*). En éstas últimas, basadas en la cooperación y no tanto en la competición, el deporte, vinculado a la revolución industrial, accede como elemento funcionalmente integrador y regulador, ya que implica una reglamentación y la necesidad de colaborar para lograr objetivos deportivos. Sin embargo, en los deportes de equipo, que contribuyeron a instaurar el espectáculo deportivo, la solidaridad orgánica no tiene cabida entre los espectadores -es el caso de los hooligan-, ya que la fragmentación de las hinchadas en oposición a otras no favorece la consecución de un espectáculo común, sino de violencia y enfrentamiento más allá del resultado deportivo. Este paso de las sociedades dominadas por la solidaridad mecánica a la solidaridad orgánica ha tenido evidentes beneficios para el deporte, pero ha propiciado también otras notas negativas. Puesto que no existe una reprobación colectiva hacia las conductas violentas, tienen que ser instituciones especializadas (policía) las que velen por el mantenimiento del orden. La falta de una moralidad común consolidada hace que el individuo necesite auto controlarse más y no reaccionar emocionalmente, salvo en los casos de violencia que generan los grupos organizados de hinchas violentos. La situación final que hemos vivido en las últimas décadas ha propiciado un desplazamiento de la violencia en el campo de juego, entre los jugadores, ahora reprimidos en su conducta por el reglamento y el castigo, hacia las gradas, y más allá aún.

Otro concepto nuclear en Durkheim es la anomia (ausencia de reglas, de normas), una pérdida en la dirección de la persona debido a que los modelos normativos han cambiado, perdiendo fuerza los antiguos y no estando totalmente definidos los nuevos. Estos cambios sociales generan una situación de desorientación en muchas personas y, a su vez, propician escenarios en los que la moral se debilita y no están claros los límites entre lo aceptable y lo no aceptable. En la actualidad, también es un factor que da lugar a la violencia de tribus urbanas (Costa, Pérez & Tropea, 1997) e hinchadas radicales.

Mientras que en las sociedades con “solidaridad mecánica” sus miembros comparten una misma conciencia colectiva (de carácter religioso), en las regidas por la solidaridad orgánica esta conciencia colectiva es menor, y se vive con menor intensidad. Cabe, sin embargo, la salvedad de que la uniformidad que las sociedades actuales están propiciando, a través del proceso de globalización de los hábitos, códigos, pasatiempos y modos de vida en general, acarrea que la conciencia colectiva se encuentre, hoy más que nunca, estandarizada. El deporte es uno de los focos que más sufre este proceso, propiciando múltiples formas de violencia: a la hora de imponer deportes, marcar tendencias en la vestimenta deportiva, influir en los hábitos alimenticios, definir los modelos corporales, etc.

Durkheim, cuando alude a las “corrientes sociales”, que tienen una gran influencia exterior sobre el individuo, y que se representan en “los grandes movimientos de las masas guiadas por el entusiasmo, la indignación o la piedad” (1973: 4), nos advierte de las masas atraídas a los estadios de forma enfervorizada -como una corriente social-, que en algunas ocasiones propician comportamientos susceptibles de ser sancionados.

Uno de los procesos descritos por él es el de la sacralización, la comunión entre lo social y lo religioso; estos elementos se mezclan de manera casi solapada en el deporte, convirtiendo el fenómeno deportivo en un fenómeno religioso, con todos los factores de identificación que lo definen como tal. Este proceso implica tanto aspectos positivos, de comunión de los seguidores en torno al rito deportivo, como negativos, de conductas reprobables hacia las otras hinchadas o hacia los medios de comunicación. Como hemos dicho en otros lugares (Mosquera González, 2002), deberíamos reflexionar sobre la vinculación existente entre la sociedad y la religión, en claro paralelismo con las relaciones entre sociedad y deporte, binomio a través del cual la sociedad se expresa a sí misma bajo la forma de un hecho social no material.

Durkheim aventuró conceptos básicos para entender las estructuras sociales; no olvidemos cómo avanzó la necesidad de la autorregulación, de la auto vigilancia para garantizar el tándem entre la coerción social y la asumida desde dentro por el individuo, anticipando lo que G. H. Mead y otros interaccionistas entienden como autorregulación en el mantenimiento del orden social, o que lo que Elias y Dunning (1992) entienden como parte del proceso de civilización.

1.2. Del opio a la cultura (Marx)

Karl Marx (1818-1883), representa el punto de partida para muchas de las interpretaciones más fructíferas sobre el deporte, y que hoy en día todavía tienen vigencia. Su visión materialista de la historia, su idea de un progreso constante explicado por el mecanismo de la dialéctica, sentó las bases de la crítica al discurso natural, lineal y simplista de la historia. Como adalid del cambio revolucionario que aventuró, desarrolló el concepto de *conflicto* de una manera particular.

Coincidimos con él en su visión conflictual y en la condición inevitable de los conflictos, así como en que son positivos para el cambio social. Sin embargo, la dimensión de relaciones extremas en muchos casos, de enfrentamiento entre el propietario y el desposeído en que Marx coloca al conflicto puede llevar, y de hecho ha llevado a muchos neo marxistas, a considerar al deporte como *opio* del pueblo¹, como un elemento alienador; extremo éste que no compartimos. Si cabe, podríamos aproximarnos a esta perspectiva al hablar de cierto tipo de deporte y de ciertos “consumidores” del mismo.

Cabría entonces la pregunta de si es el deporte el opio del pueblo, o se trata de la utilización del deporte, transformado en opio. Se trataría entonces de una reificación, una cosificación del deporte, convirtiéndolo sin más en objeto de consumo (vivenciado en uno mismo, a través de uno mismo; o en los otros, a través de la visión de los actos de otros). En todo caso, y es lo más curioso, de “opíáceo” no es exactamente como se pretende calificar al deporte cuando se dice que es el opio del pueblo. Más apropiado, en esa línea, sería decir que es un narcótico, puesto que el opio, en su segunda acepción (RAE, 2014), es “una persona o cosa que resulta aburrida”. Esta idea está reforzada por su primera acepción, la de sustancia estupefaciente, ya que un estupefaciente es aquello que provoca pasmo, estupor, admiración y asombro extremados (que dejen como en suspenso la razón y el discurso). Por lo tanto, el deporte sólo es opio en cuanto provoca admiración, lo cual es tautológico, o al menos ya estaba ganado para el sentido común. Que algo nos deje sin palabras, que deje en suspenso la razón, que nos produzca gran admiración, no implica lógicamente que nos drogue, en el sentido que podamos por ello ser más manipulables, menos responsables.

¹ Christian Bromberger, profesor de etnología de la Universidad de Provenza: “La práctica y, más aún, el espectáculo deportivo, ‘aparatos ideológicos del Estado’, vendrían alentados para disuadir a las masas oprimidas de la lucha de clase contra sus explotadores, para favorecer el embrutecimiento intelectual y la despolitización del pueblo. El ‘fundamento universal es consolar a los trabajadores con la diversión, justificando así la opresión, la miseria, el empobrecimiento, el chauvinismo, el culto al Estado’. Este ‘opio del pueblo’ produce un irremediable efecto de ‘cretinización política’” (Bromberger, Ch. (1991). Per una etnologia dello spettacolo sportivo, *Identità culturali*, Italia: Francoangeli, p. 154).

Lo que realmente atrae a los aficionados al deporte no es el deporte en sí mismo, la situación motriz, sino lo que los propios aficionados (y muchos otros espectadores: medios de comunicación, jugadores, técnicos, entrenadores y directivos, etc., todos los observadores del deporte, internos, externos o contemporáneos a él) hacen de él. Un espectáculo es tal por la figuración que conforman tanto los espectadores como los actores. Eso es lo que atrae al público: el propio público y el ambiente que crea. Al final, el tipo de deporte que concita a tanta gente es lo de menos, lo menos importante, aunque no debemos olvidar que es la razón primera (desde un punto de vista causal) que motiva tal fenómeno.

La visión dialéctica marxista tiene reflejo en las instituciones sociales. Así es en el caso del deporte, donde los cambios acaecidos en las últimas décadas (profesionalización, mercantilismo, sensacionalismo, violencia, dopaje, etc.), forman parte del continuo cambio a que está sometida la sociedad, donde el deporte es imagen espectral de la misma. Posiblemente sea difícil explicar la violencia en el deporte entendiéndola como una antítesis o una subversión histórica ante la paulatina pérdida de protagonismo sufrida por las clases sociales bajas, ante su pérdida de protagonismo en el espectáculo deportivo². Sin embargo, las reivindicaciones laborales acaecidas en la Inglaterra Victoriana, debidas a la precariedad laboral y a las condiciones de indigencia e insalubridad sufrida por aquéllas, quizás se extiendan a las gradas, donde los obreros -muchos de ellos en paro- buscan alcanzar una visibilidad que la sociedad les estaba negando.

Precisamente en este punto, dentro de la visión marxista que propugna la inexistencia de entidades ideales, situado ante el inmanentismo de las relaciones materiales dominadas por las clases dominantes, el deporte será visto por los seguidores de Marx como una herramienta más del poder, un elemento que favorece la socialización interesada mediante la división de las clases sociales. El deporte, con los fenómenos de violencia organizados por los grupos de *hooligan* incipientes, reclama también en este espacio sus reivindicaciones sociales más amplias. El campo de deporte se convierte, más que nunca, en un campo de batalla y de reivindicación.

Sin embargo, este tipo de perspectivas sobre el deporte olvidan que él mismo es culpado por los acontecimientos que ocurren a su alrededor. Por ello, nosotros preferimos hablar de violencia “en el” deporte, más que de la violencia “del” deporte.

Otra de las categorías básicas del pensamiento marxista es el trabajo, entendido como la necesaria labor de apropiación del mundo (tan bien descrita a partir del estado originario del hombre en la naturaleza, en su obra *Manuscritos de economía y filosofía* de 1844), que mediante un proceso de objetivación permite al hombre relacionarse con el mundo. Evidentemente, el deporte es una forma de hacerlo, una muy originaria, puesto que los marxistas entienden el deporte como una actividad formativa y creativa, lejos de la mediatización y la superchería que dominan al deporte en las sociedades capitalistas. El proceso de apropiación y de crecimiento a través del deporte exige al hombre tomar conciencia de la actividad que realiza, desarrollando sus capacidades físicas de manera holística, comprensiva, y reflejando la intención de contribuir al bien social a través de los resultados deportivos. Cuando esto no ocurre y el objetivo se pervierte por el premio económico, se produce la alienación del deportista, dando lugar, en muchos casos, a formas de violencia tales como el dopaje y las trampas o el saltarse las reglas, motivados por búsqueda del triunfo a toda costa. Esta es una de las críticas más mordaces realizadas al deporte por los seguidores de Marx (Partisans, 1978), tanto por convertir al deportista en obrero del estadio, como por utilizarlo como un mercenario, como una máquina de rendimiento.

² Debemos recordar el fenómeno de pérdida de visibilidad e identificación sufrida por los seguidores de los equipos de fútbol ingleses con la incorporación de jugadores extranjeros, muchas veces de color, en el seno de equipos cuyo surgimiento se produjo al amparo de las fábricas en que trabajaban. Los obreros dejan de jugar en sus propios equipos, que pasan a ser propiedad de la burguesía, y también se ven excluidos de las gradas, tomadas paulatinamente por las clases medias, que encuentran en el fútbol un nuevo pasatiempo.

Para la visión marxista, este proceso de explotación que da lugar al profesionalismo y lo mantiene proviene de las estructuras económicas (el capital), las cuales son responsables directas de la alineación. En este punto Marx nos remite a lo más profundo de la construcción social de la realidad, ya que la explotación es un proceso que sufre tanto el trabajador como el deportista -según clave marxista-, si bien ni éstos ni aquéllos parecen ser conscientes de que forman parte de una máquina que los asfixia y que ellos mismos han creado (esto es, la sociedad capitalista). Caso parecido ocurre con la violencia, ya que deportistas, incluso espectadores, o hinchas radicales, creen que no es suya la responsabilidad, sino que recae en la sociedad en general. La verdad es muy distinta, y Marx intenta que el trabajador -el deportista diríamos- adquiera conciencia de clase y cuestione el funcionamiento de aquellas estructuras que provocan las situaciones de injusticia que todos podemos ver. Sin embargo, y para dar mayor profundidad al asunto, no debemos olvidar, como señalan los funcionalistas (en especial R. Merton), que es posible que estas situaciones -la violencia misma, la explotación, etc.- cumplan algún tipo de función latente, no manifiesta.

Ahondando más en la filosofía marxista, nos topamos con la propiedad privada, culpable de todos los males para Marx, ya que es la base de la diferencia de clases y justifica la explotación de los que poseen los medios de producción sobre aquellos que no los tienen. La reflexión en torno a esta cuestión es compleja con relación al deporte. Pensemos en la privatización de los clubes deportivos, en la apropiación por parte de los accionistas y directivos del espectáculo deportivo de algo tan espontáneo y gratuito como es el deporte, convirtiéndolo en una sociedad anónima deportiva (SAD), en una empresa. El profesionalismo inunda el deporte espectáculo, acarreado con ello la desvalorización personal del deportista y convirtiéndolo en moneda de cambio, lo cual puede ser entendido como una forma de violencia.

La *cultura* es considerada por Marx como un fenómeno condicionado por la estructura económica, donde están inscritos tanto la conciencia de clase como la falsa conciencia. La conciencia de pertenecer a una clase es fundamental para él, para sacarse de encima la coerción inopinada que ejerce sobre el individuo. Los deportistas pertenecen a una clase social y cumplen desde ella una función social. Sin embargo, la falsa conciencia hace que tanto los deportistas como los dirigentes de los clubes no tengan una percepción exacta del funcionamiento del sistema deportivo dentro del sistema de producción capitalista. Existe una falsa conciencia: los responsables de los clubes no reconocen o no quieren reconocer que el papel de los hinchas más radicales favorece la marcha del club, y que muchas veces el propio apoyo de estos directivos, de forma incondicional -regalando localidades, reservando un espacio en las gradas para los radicales, pagándoles viajes ante los desplazamientos del equipo fuera de casa, etc.-, crea un espacio virtual que favorece que los violentos realicen sus actos vandálicos. El propio reglamento actúa en algunas ocasiones como propiciador de situaciones conflictivas o dudosas, sin que los responsables de su elaboración hagan nada por mejorarlos y adecuarlos a una práctica menos azarosa y más justa.

Es habitual que los directivos transmitan a los deportistas una ideología -entendida como sistema integrado, externo y coercitivo para los individuos y que representa a la clase dominante, a los propios directivos-, siendo ésta la que garantiza que los deportistas actúen como auténticos mercenarios en busca del triunfo a toda costa.

1.3. Racionalidad, autoridad y valores (Weber)

En Max Weber (1864-1920) encontramos el contrapunto de Marx, la huida del materialismo a favor del racionalismo y la axiología. Para Weber, lo determinante en el proceso de división de

la sociedad en clases es la *racionalización*, sobre la base de la cual las instituciones han cambiado de forma racional.

Su visión de la sociedad está especialmente interesada por la acción individual y por cómo es percibida por el individuo; esto es: la interpretación subjetiva de la acción. El individuo introduce en sus acciones significados subjetivos, existiendo cuatro tipos ideales de acción:

- *La acción con arreglo a fines*, que sobre la base de los comportamientos de los demás exige al individuo considerarlos para alcanzar sus fines, lo que puede provocar conductas perniciosas si se busca el fin a toda costa.
- *La acción con arreglo a valores*, condicionada y medida por los *valores* orientadores de las conductas. En este punto introducimos la cuestión de la responsabilidad de las acciones para asegurar que se muevan en el campo de la ética, incluso del juego limpio.
- *La acción afectiva*, dependiente del estado emocional del sujeto, que es necesario supervisar y autorregular para no cometer acciones violentas o peligrosas.
- *La acción tradicional*, consensuada por la tradición y el habitual proceder, que en muchas ocasiones oculta conductas erradas o poco ejemplares, pero que se permiten al no considerarse perniciosas (violencia verbal).

Weber trata también la cuestión de la *autoridad*, en sus distintas formas legítimas: racional-legal, tradicional y carismático. La primera hace referencia a la elección de los líderes en función de reglas establecidas racional y legalmente; la tradicional, se refiere a la obediencia en función de la tradición, por el poder que le conceden los seguidores al líder, quien ha recibido ese poder porque su familia o clan han sido los que han aportado siempre líderes al grupo; por último, la autoridad del líder carismático, a quien se le atribuyen capacidades extraordinarias. Sería preciso reflexionar acerca de qué tipo de líderes tenemos entre los dirigentes deportivos, o entre los jefes de las hinchadas, para observar si la autoridad tradicional que ejercían ha sido sustituida por una autoridad basada en el carisma. En este caso, como no podría ser de otra forma, los líderes-dirigentes se ven enfrascados en una lucha titánica para conseguir el respeto y la admiración de jugadores, público y socios, ya que se les exigen resultados deportivos cada vez mayores, resultados económicos y fichajes astronómicos para mantener su condición de líderes indiscutibles. Tal situación favorece que los medios de comunicación entren a erigirse en árbitros de los procesos electorales deportivos, en jueces y testigos de los resultados y de la marcha de los equipos, dando lugar a situaciones poco éticas y en las cuales la manipulación informativa es decisiva para la continuidad en el cargo.

La situación actual de los clubes de primera división de la liga española de fútbol profesional, constituidos en Sociedades Anónimas Deportivas -empresas deportivas-, donde prima el resultado (puesto que los buenos resultados deportivos acarrearán contratos publicitarios, participación en competiciones europeas y contratos de emisión con televisiones privadas), implicaría que la autoridad racional-legal debería determinar la elección de los directivos, sin embargo no siempre es así. En esta tesitura, los árbitros, que detentan realmente la autoridad sobre el desarrollo de los encuentros deportivos, son cuestionados en su labor por los jugadores, entrenadores y directivos, ya que su autoridad queda al amparo de los resultados obtenidos por los equipos en función de sus intereses económicos. Por ello, el proceso de burocratización -racionalización- que defiende Weber debería llevar a las instituciones deportivas a instalarse en la elección racional-legal de los líderes.

La *racionalidad*, entendida como la elección realizada por los individuos, sobre la base del cálculo entre los medios y los fines, y condicionada a su vez por reglas y leyes emanadas de las estructuras económicas y de la burocracia, adquiere la mayor importancia. La racionalidad formal es externa al individuo, cambia las estructuras de la sociedad e incide en sus pensamientos y en sus acciones; está caracterizada por: “calculabilidad”, eficiencia, “predictibilidad”, tecnología, control y la aparición de consecuencias irracionales. Todas estas características que definen a la racionalidad formal, si las trasladamos al deporte generan un problema: al deporte, cuya

estructura está basada en la incertidumbre y el azar, se le puede imprimir -de hecho así se hace- “calculabilidad”, eficiencia, y consecuencias irracionales, pero no “predictibilidad” y control de la incertidumbre. Querer que el resultado deportivo o la acción de juego sean predecibles en un alto grado, o que no exista incertidumbre, nos coloca más allá de los límites del juego y del reglamento. Cuando las personas se guían en sus acciones por estas premisas y no están preparadas para afrontar la frustración ante un resultado impredecible o incierto y no deseado surge la agresión, dentro de la ecuación frustración-agresión.

Otras de las nociones que plantea, relevante para comprender el fenómeno multicausal de la violencia, es la de la causalidad, ya que para él existen múltiples causas, factores causales, que niegan el determinismo causal “monotético” o simplista (una única causa), así como las relaciones aleatorias o fortuitas entre un efecto y su causa.

También debemos aprovechar la elaboración weberiana de los tipos ideales, que encarnan el modelo de conducta de ciertos tipos de personas. La identificación de los mismos, en las figuras correspondientes a los tipos ideales de entrenador, dirigente, *hooligan*, etc., nos puede permitir establecer relaciones entre ellos y conocer mejor esta realidad.

1.4. Interacción (Simmel), estructuras (Spencer) y élites (Pareto)

En esa misma época, Georg Simmel (1858-1918) se interesa por fenómenos a pequeña escala, por la acción y la interacción individual. Por su influencia kantiana, determina formas de *interacción*, de entre las cuales destaca el conflicto.

Asimismo, realizó estudios de corte macrosocial que parten de la interacción individual: define la diada, como un grupo formado por dos personas; y la *tríada*, formado por tres personas, una de las cuales puede convertirse en árbitro o mediador de las otras dos. En ocasiones, dos de los individuos que componen la tríada se alían contra el tercero, preconizando a pequeña escala las grandes estructuras que separan a los individuos y los dominan. Estos análisis se centran en el poder del dinero (Cfr. *La filosofía del dinero*, 1977), de donde surge la idea de la dominación que ejerce la cultura sobre el individuo. La expansión de la cultura aísla al individuo y lo empequeñece. Este proceso se ve reflejado hoy en día en la industria tecnológica que domina al deporte y a la sociedad en general, encontrándose el individuo -el deportista- enfrentado a una máquina industrial que lo violenta y sobre la que no tiene control alguno.

En este marco de estudio sociológico, desde la simple interacción a los procesos macro sociales, el deportista profesional, está sometido a la lógica de la maquinaria industrial que representa el deporte espectáculo altamente profesionalizado, y cuyas consecuencias generan interacciones de tipo conflictual de difícil salida. Las pautas de interacción que intenta desvelar Simmel en los fenómenos sociales son muy importantes en el estudio de la violencia, donde los factores causales que determinan su aparición se encuentran intrincadamente relacionados, dando lugar a interacciones.

Precisamente, las situaciones que se generan en el espectáculo deportivo pueden ser analizadas en clave de interacciones de individuos dentro de grandes grupos de gente, lo que da lugar a un aumento de relaciones sociales y de libertad; pero, por la contra, aparece la situación de masa y de pérdida de la individualidad, que es uno de los factores determinantes de los comportamientos violentos en tales espectáculos, pues permiten ver y no ser visto, y ocultarse en el anonimato de la masa.

Por otra parte, Herbert Spencer (1820-1903), partidario del “laissez-faire”, de la no-intervención por parte del Estado, recupera las tesis orgánicas de Comte, pretendiendo estudiar el tejido social como si fuese un organismo vivo. Su estudio de la evolución de las sociedades, en cuanto a un aumento de su tamaño y al crecimiento de sus *estructuras* y su diferenciación, queda perfectamente reflejado en el mundo del deporte, cuya evolución histórica desde la época victoriana ha dado lugar a la proliferación de asociaciones, clubes y federaciones, así como a la

progresiva asunción de funciones definidas dentro de cada una de ellas. Este proceso de aumento de la complejidad es muy determinante a la hora de entender cómo la violencia está enquistada en una estructura compleja y que, por tanto, precisa un afrontamiento igualmente estructural.

Mención especial requiere su explicación de la evolución desde las sociedades militares a las industriales, en las cuales no es necesario el estado de guerra para mantener el orden, y donde las relaciones contractuales voluntarias y la moral común dirigen las acciones individuales, eximiendo al Estado de actuar, salvo para indicar qué es lo que no se debe hacer. De este modo, la responsabilidad individual sobre la violencia se reduce a las limitaciones impuestas por un Estado vigilante.

En Pareto (1848-1923), el cambio es un proceso cíclico, no dialéctico -en el sentido marxista, donde se alternan ciclos a mayor o menor nivel por los que van pasando las instituciones (ciclos político-militar, económico-industrial e ideológico-religioso), siendo las elites (circulación de las elites) las que propician con su caída los cambios sociales.

Esta visión de la sociedad, que aleja de las masas sociales el protagonismo de los cambios políticos, reservándolo a las *élites*, posiblemente esté influyendo poderosamente hoy en día en el deporte. Son los dirigentes deportivos (presidentes de clubes, federaciones, ligas y otros estamentos internacionales del deporte), así como los representantes estatales con competencia en estas materias, quienes dirigen, en su alternancia, los intereses de las estructuras deportivas. En muchas ocasiones, ni tan siquiera las escenas de violencia que se producen antes, durante o después del evento deportivo provocan medidas directas y enérgicas contra los violentos, si es el caso de que no afecten directamente a los dirigentes. Sólo en caso contrario -habitualmente cuando se produce una alarma social, debido a la gravedad de los acontecimientos- se toman medidas para cambiar la estructura de los deportes afectados por tales acontecimientos. Por mucho que se quejen los seguidores de la falta de seguridad en los estadios, las verdaderas decisiones que afectan a la marcha de los clubes deportivos se producen en el seno de las élites deportivas, cuya independencia del Estado es tantas veces preocupante.

1.5. Prevención (Thomas), subculturas (Cohen) e interacción social (Cooley)

El planteamiento situacional de William Isaac Thomas (1863-1947), en el cual se considera lo que las personas piensan (puesto que sus pensamientos determinan sus acciones), es crucial para las investigaciones sobre la violencia en el deporte.

El enfoque situacional ha sido muy utilizado para la *prevención* de la violencia; su propósito es desanimar a los potenciales agresores alejándolos de las áreas protegidas. En el caso de los hinchas violentos ha sido una de las medidas más adoptadas, junto con las de “ley y orden”, con la intención de ejercer una especial vigilancia sobre ellos. Según Alonso-Fernández (1984: 199), este enfoque separa al “nosotros” de los extraños, apelando a la amenaza del uso de la fuerza para lidiar con los peligros que plantea la criminalidad. De ahí surgen los programas situacionales, que consideran a la comunidad (en el caso del deporte a los hinchas radicales y violentos) “como un ámbito para el vallado, el estado de alerta continuo y la vigilancia organizada, apelando básicamente a la amenaza como barrera contra la criminalidad”.

Estas medidas de prevención se denominan primarias, en tanto que es necesario avanzar con otras más comprensivas y menos punitivas. De hecho, los programas situacionales están basados en una filosofía de la disuasión -que recoge como modelo las tácticas militares-, obviando el estudio de las causas de la delincuencia. Para nosotros, son precisamente las causas el objetivo básico de cualquier estudio sobre la violencia y de todas las medidas dirigidas a su prevención.

Debido al localismo de estas medidas, sus posibles beneficios se reducen al espacio en que se aplican: el campo de juego. Y ello lo consigue a costa de desplazar los actos violentos hacia las zonas aledañas que están menos protegidas, como es el caso de los establecimientos hosteleros

próximos a los estadios, los trenes que transportan a los hinchas, etc. Este fenómeno se ha venido denominando “exteriorización” de la violencia.

No obstante, existen otros modelos de prevención, tales como los conformistas y los de integración informal, que se consideran más aceptables para prevenir la violencia en el deporte.

Robert Park (1864-1944), una de las figuras clave de la Escuela de Chicago, considera los conflictos existentes debido a la competencia entre los individuos que conforman una comunidad humana. La Escuela de Chicago fue pionera en relacionar juventud, violencia y exclusión social, sobre la base de la idea de desorganización social. Tal desorganización, era debida a las grandes migraciones hacia las ciudades, principalmente a las zonas más pobres, lo que aceleraba su decadencia.

La Escuela de Chicago introduce la cuestión de las *subculturas* de la delincuencia. En esta línea, Cohen (1955) interpreta las prácticas violentas de jóvenes delincuentes con la idea de la frustración de estatus producto de un desfase entre las subculturas delincuentes y los valores de la cultura dominante. De este modo, el interés se desplaza de la estructura urbana hacia la estructura social y cultural más amplia.

La sociedad es para Park producto de las interacciones entre los individuos que la componen; el control de las mismas viene establecido por las tradiciones y las normas que surgen en ese proceso de interacción. El control social garantiza que los procesos sociales -de competición, conflicto, acomodación y asimilación- se mantengan ordenados. Este equilibrio está garantizado por dichos procesos; sin embargo, la distancia social (que mantiene las relaciones entre el subordinado y el superior) y el prejuicio (disposición espontánea a mantener la distancia social) no garantizan que no surjan antagonismos y conflictos por razones de clase, raza, ya que en ocasiones el subordinado no acepta su estatus inferior, dando origen a cambios en el orden social de estatus. La formación de los grupos de hinchas radicales, que constituyen auténticas tribus urbanas, que no aceptan su posición y estatus de subordinación ante las estructuras del club o de la sociedad en general, suele ocasionar conflictos que a menudo desencadenan situaciones violentas.

De todos modos, tiene una concepción positiva del conflicto, pues lo considera fundamental para lograr la autoconciencia, así como un organizador de la vida social. De la misma forma, nosotros entendemos los conflictos como inevitables, al tiempo que necesarios para el progreso. Sin embargo, ante los incesantes conflictos existentes a todos los niveles, y por las más diversas causas, es necesario entender la violencia como una resolución no positiva de los mismos.

Robert Park se interesó igualmente por el comportamiento de las masas o las multitudes, a las que considera una formación social originaria y uno de los agentes del conflicto. En el caso de la violencia en el deporte, muchos autores describen la situación de masa, que permite ver y no ser visto (aportan invisibilidad y la percepción de no-responsabilidad ante las acciones de la masa), como uno de los factores que intervienen en las conductas violentas de los espectadores en los eventos deportivos. Para Park, la insatisfacción social de la masa provoca el conflicto; por la contra, considera la audiencia o público como públicos reflexivos -no masas no pensantes-, que debido a la existencia de una conciencia colectiva, identidad y liderazgo en su seno, generan nuevas entidades sociales, que pueden cambiar tradiciones y favorecer acomodaciones hacia un nuevo orden social.

De hecho, podemos observar cómo el público enfervorizado de algunos eventos deportivos (por ejemplo, en algunos enfrentamientos futbolísticos), que provoca situaciones violentas, se comporta como masa. Mientras, aquel que participa en otros eventos, también deportivos, o de otra índole (cultural: musical, literario, etc.), es considerado simplemente público o audiencia, y hacia el cual los actores -deportistas, músicos, etc.- pueden dirigirse y participar de sus acciones. Cuando el público se comporta como masa el diálogo es imposible, no pudiendo favorecer los cambios sociales ni el equilibrio de interrelaciones.

Para Charles Cooley (1864-1929), la sociedad es un organismo formado por individuos cooperantes. Dentro de la sociedad existen el conflicto y la cooperación, siendo ambos necesarios en la relación que se produce entre los individuos. Un concepto básico es el de grupo primario (Cfr. Social Organization. A Study of the Larger Mind, 1909), un intermediario entre el individuo y la sociedad. Su carácter primario se debería al hecho de que son los primeros, desde un punto de vista cronológico, con los que el individuo se relaciona desde el momento de su nacimiento (familia, grupo de juegos). Son también los primeros desde un punto de vista cualitativo, a la hora de moldear el “yo social” de la persona, proporcionándole los motivos, normas y valores que guían su conducta y estructuran su auto imagen. Cooley considera a los juegos -por extensión a los deportes- como un grupo primario, fundamental en la formación de los valores, lo que enlaza con la preocupación por la violencia en el deporte en todas sus etapas, y no sólo en el alto rendimiento o en el deporte espectáculo.

Precisamente, a través de la *interacción social* que se produce en situaciones sociales como el deporte adquirimos conciencia de nosotros mismos, al tiempo que nos integramos en la sociedad como seres sociales. La visión que adquieren los hinchas radicales sobre sí mismos, en virtud de sus actuaciones violentas, es determinante para perpetuar su comportamiento. Muchos de ellos buscan la visibilidad y la autoafirmación que no adquieren en sus vidas.

Uno de los grupos primarios de los jóvenes es el grupo de pares, donde el individuo se desarrolla como ser social, naciendo el *self especular*. A través de la cooperación cara-a-cara e íntima desarrollan un sentimiento de “nosotros”, lo que permitirá al individuo sentirse parte de un todo mayor. De hecho, en muchos de los hinchas violentos, el grupo de referencia que les permite adquirir su *self especular* es el grupo ultra al que pertenecen. Incluso, con la reproducción de modelos y comportamientos violentos y de la “cultura macho” que desarrollan, supera a la propia familia en este proceso de auto identificación. Otras veces son los padres, con sus conductas violentas, tanto en casa como durante los espectáculos deportivos, quienes interfieren negativamente en la formación de su auto imagen.

Por otra parte, Cooley nos acerca la introspección simpática, la cual permite ponernos en el lugar del otro para analizar su conciencia, e intentar desentrañar sus sentimientos. Es algo de lo que carecen los violentos, incapaces de percibirse como víctimas, y, cuando lo hacen, sólo consiguen hacer más daño, puesto que justifican sus actuaciones.

1.6. Responsabilidad (H. Mead), argumento de la autoridad (Homans), civilización (Marcuse) y lenguaje (Habermas)

En esta misma línea trabajó G. H. Mead, quien desarrollará el concepto de “otro generalizado”; ambos consideraron que la sociología debía preocuparse por el estudio de fenómenos socio-psicológicos tales como la conciencia, la acción y la interacción. En el estudio de la violencia estas aproximaciones son necesarias para conocer la conciencia de los violentos, de aquellos que los amparan, del alcance de sus acciones y de la interacción que se produce entre los distintos ámbitos del entramado que mantiene la violencia.

Mead entiende que el *self* (el yo), o la personalidad, permite al individuo hacerse consciente de sí mismo, de la sociedad como un todo, y del resto de individuos que la componen. El desarrollo del *self* se produce cuando el individuo es capaz de adquirir el *otro generalizado*; tal proceso, se produce de forma evolutiva a través de dos momentos, mediante los cuales el individuo va adoptando las actitudes de los otros: el juego y el deporte. Mead incide en que con el juego los niños van adoptando los roles de otros de forma consecutiva; y, mediante el deporte, aprenden a organizar un conjunto de reglas y actitudes como un todo, interiorizándolas y colocando su rol dentro del conjunto mayor. Dicho en palabras de Mead (1934, citado por Giner, 2003: 180), se trata de dos etapas en el desarrollo de la persona: una formada por “la organización de las actitudes particulares de otros individuos”, y otra más inclusiva en la que se añade la

“organización de las actitudes sociales del Otro Generalizado”. De este modo, para Mead el deporte es crucial en el desarrollo de la personalidad de los individuos, de ahí la importancia de que este proceso de maduración e inclusión a través del *otro generalizado* se produzca sin violencia.

Interesa destacar cómo considera la autorregulación de la conducta, ya que, aunque es importante el modo en que los sujetos interiorizan las pautas generales de actuación social, éstos son capaces de revisarlas y adaptarlas en función de las circunstancias de la interacción. Este hecho introduce una nueva dimensión en la conducta humana violenta, ya que, de ser es cierto, la *responsabilidad* última de las acciones recaen en el individuo, no en una sumisión a la voluntad del grupo.

En el deporte es fundamental el autocontrol ya que, más allá del reglamento y de la asunción de la filosofía del juego limpio, se encuentra la capacidad de controlarse ante situaciones conflictivas que surgen habitualmente en el espacio deportivo, debido a su alta reglamentación y su incertidumbre.

Las ideas de Mead y Cooley permiten entender mejor las relaciones y los procesos que llevan a explicar la violencia. Precisamente, las interacciones entre los actores deportivos (tanto deportistas como espectadores, en comunión “con” y “a través de” el espectáculo deportivo) son cruciales para desvelar el impacto de sus conductas sobre sí mismos y sobre los demás; mediante este proceso, establecen conexiones con el grupo -sea el equipo deportivo, sea la afición, organizada o no-, fijando redes de significación, sentidos y significados a las cosas y a los acontecimientos.

Los interaccionistas nos acercan a la comprensión de cómo los deportistas ven el deporte, de cómo los profesionales ven la violencia en el deporte, etc. Los significados que “crean” alrededor de la práctica deportiva, del actor o del espectador (ya que todos conforman e intervienen en la acción), sus identidades construidas a través de las relaciones deportivas, los hacen interactuar en sus vidas cotidianas y construir su presencia dentro del grupo.

Para Talcott Parsons (1902-1979), la acción social viene determinada por cuatro sistemas que se ocupan de mantener los imperativos funcionales: el sistema orgánico (de la acción), el sistema social, el sistema cultural y el sistema de la personalidad (Parsons, 1966). La sociología se ocupa del sistema social, pero depende, para su subsistencia, de la coherencia con los sistemas de la cultura y la personalidad. En este esquema, tanto el conflicto como las conductas desviadas representan las deficiencias en la integración social, lo que lleva a los sistemas sociales a cambiar.

Como bien expone Giner, (2003: 80), Parsons explica que la estabilidad de un sistema, a pesar de los cambios, se debe a que está compuesto por cuatro elementos necesarios, y cuyas funciones debe realizar para sobrevivir: adaptación; capacidad para alcanzar metas; integración; latencia. Sobre la base de estas necesidades, es necesario que existan instituciones económicas, educativas, políticas y jurídicas que aseguren la realización de las cuatro funciones básicas referidas. Tales instituciones están estructuradas en: roles, que permiten la adaptación; grupos, para alcanzar los fines; valores, que permiten la integración; y, normas, para mantener las pautas de actuación. El deporte, desde nuestro punto de vista, debe ser una institución educacional, favoreciendo la transmisión de valores que permita a los individuos integrarse en la sociedad, y la asimilación de unas normas que garanticen el seguimiento de pautas de acción.

Evidentemente, como manifiesta Parsons, los conflictos y las conductas desviadas constituyen deficiencias en la integración social, y muchas de sus manifestaciones las encontramos en las conductas violentas.

En el caso de las conductas violentas en el deporte, para entender que se trata de un mecanismo que facilita el cambio, no podemos esperar a que las instituciones jurídicas garanticen el mantenimiento del sistema, o esperar a la transformación de la institución deportiva, sino confiar en que sean las instituciones educacionales, entre la que se encuentra el deporte, quienes favorezcan la asimilación y regulación de estas conductas desviadas. El cambio, como lo entiende

Parsons, debe ser homeostático, de mantenimiento del equilibrio. A él le interesa definir el cambio social sobre la base de lo que no cambia, de ahí la necesidad de mantener un equilibrio que asegure la continuidad estructural, a pesar de las modificaciones necesarias para mejorar el ajuste del sistema con su medio. El deporte tiene una estructura, mantenida por sus elementos constantes, al tiempo que tiene una función que cambia a la par que los sujetos que la componen. Este cambio debe permitir el continuo ajuste y adaptación a las nuevas condiciones para que sea funcional.

Por otra parte, George Caspar Homans (1910-1989), considera que existe un paralelismo entre la conducta individual y la social; estudiando aquella meticulosamente se descubrirán las claves de ésta. Así, establece las reglas de la conducta individual, basadas en las recompensas y los castigos. Nos interesa destacar, para este estudio, la última regla, según la cual la ausencia de recompensas o castigos, en la acción individual, lleva a actuar de forma agresiva, lo que provoca una gratificación en estas conductas, y representa un modo de perpetuar dichos patrones de comportamiento.

Su propuesta nos permite reflexionar sobre cómo pueden reflejar las conductas de los deportistas las características del sistema deportivo. Más aún, cómo el sistema deportivo refleja al sistema social en general. La cuestión es compleja. El deporte, como institución social, es deudor de las reglas sociales y del marco social general; sin embargo, en el entramado deportivo están involucrados de diferente forma distintos niveles. No es igual la vivencia deportiva del jugador, del deportista, que la del espectador, el directivo, los medios de comunicación, etc. Las reglas de conducta individual que Homans propone se manifiestan de forma diferente en el deporte que en otras esferas de la vida, ya que la normativización del deporte es muy grande. En el contexto deportivo son muy evidentes las reglas y las normas, al menos para los participantes directos, los deportistas, facilitando su reproducción. Sin embargo, fuera del deporte, o para el espectador, los directivos o los medios de comunicación, es mucho más difícil, dados los cambios sociales actuales (nuevos modelos de familia, conflictos de intereses, violencia en las escuelas, indisciplina, pérdida de horizontes, etc.).

Homans, insiste en que las personas repiten aquello por lo que anteriormente han sido recompensadas, evitando lo que les resultó costoso; la historia individual de cada uno, su biografía personal, es por tanto fundamental (sigue las bases del conductismo de Skinner). No podemos evitar el ver en esta interpretación una justificación de la búsqueda de solución a los conflictos sobre la base del *argumento de la autoridad*; esto es, al poder ejercido en virtud de las aportaciones personales a las situaciones de interacción, provocando situaciones que, en el deporte, dan lugar al abuso de los clubes sobre los deportistas, o de los entrenadores sobre sus atletas. En esta línea, es cierto que todos se ven favorecidos, puesto que el sistema parece estable y el intercambio funcional, pero no es real tal situación, ya que las tensiones acaban apareciendo, como en el caso de las pugnas entre los seleccionadores y los seleccionados, las federaciones y los clubes, o entre los comités internacionales y otros de menor rango.

La Escuela Crítica de Frankfurt es el mejor de los frutos que dio la teoría marxista en Europa. Integrada, entre otros, por Marx Horkheimer, Theodor Adorno, Jürgen Habermas y Herbert Marcuse, centran sus investigaciones en la industria de la cultura, a la que consideran la fuente principal de la sociedad capitalista de su tiempo. Por ello, realizan críticas a los medios de comunicación de masas, a los que consideran controladores de la cultura moderna. Dentro de sus análisis estudian la propia industria del conocimiento y la de su principal fuente, las universidades, a las que tachan de estructuras opresoras.

Una de las primeras críticas que realiza Marcuse (1898-1979), en la línea de Freud³, está dirigida a la *civilización* y la cultura, en tanto que reprimen los impulsos de placer y agresividad.

³ En *El malestar de la cultura*, artículo aparecido en 1930, Freud mantiene que la insatisfacción del hombre por la cultura se debe a que ésta controla sus impulsos eróticos y agresivos.

Sin embargo, para Marcuse, más allá de Freud, existe una represión técnica, un mínimo necesario para garantizar la supervivencia, que es distinta de la sobre-represión freudiana y que Marcuse rechaza. Entiende que la sociedad es cada vez más irracional, puesto que destruye y mata a las personas, impidiendo el desarrollo de sus capacidades y la satisfacción de sus necesidades.

La crítica de Marcuse se orienta hacia cierta forma de racionalidad formal, la tecnología moderna, que él entendía que lleva al totalitarismo, a través de métodos de control nuevos y más agradables. En este sentido, su pensamiento es muy actual, pues considera que la amenaza de la guerra es lo que mantiene la paz, y que a pesar “de la existencia de medios suficientes siguen existiendo personas pobres, reprimidas, explotadas e incapaces de realizarse” (Ritzer, 1993: 165). Y esto es así porque la tecnología no ha conseguido hacer una sociedad mejor; un buen ejemplo de ello lo tenemos en la televisión, en general en los medios de comunicación de masas, que han servido de “amansadores” de las masas. El deporte, en esta misma línea, o el sexo, se han visto involucrados en ese proceso de tecnificación, cuyo objetivo es la dominación del mundo.

En general, la Escuela Crítica sostiene postulados que podemos entender como próximos a la no violencia. Porque la propia filosofía de la no violencia surge ante los mismos acontecimientos que inspiraron el pensamiento de la escuela crítica: las consecuencias de las guerras mundiales y la necesidad de crear sociedades más justas, equitativas e igualitarias, que fuesen una salvaguarda ante acontecimientos de escalada de la violencia tan extremos como una guerra. El deseo de evitar tales atrocidades, la necesidad del desarme real, de establecer la comprensión y la colaboración internacional, con el presupuesto del respeto por los derechos humanos, la búsqueda de estrategias adecuadas para resolver los conflictos, a cualquier escala, la preocupación por el desarrollo sostenido de los pueblos y la autorrealización de los individuos, garantizando la satisfacción de las necesidades básicas materiales y no materiales, son las cuestiones que están en la base de la Educación para la Paz y la *Noviolencia* y que nosotros también suscribimos (Jares, 1992; Mosquera, Lera y Sánchez, 2000; Sánchez, Mosquera, Bada y Cebrián, 2008).

En esta vía de reflexión, expuesta en *El hombre unidimensional* (1964/1993), Marcuse realiza una crítica exacerbada de la razón instrumental, en la línea desarrollada por Adorno y Horkheimer, donde la sociedad industrial de nuestro tiempo no deja hueco para escapar de la encorsetada lógica del mercado, la tecnocracia y el espectáculo. Prueba de ello es la televisión, que mediante espectáculos como el deporte -espectáculo- (valga la redundancia para establecer la primacía del deporte convertido en espectáculo, y, por lo tanto, regido y pervertido por las reglas del mercado), socializa a la población tratándola como una masa carente crítica, conduciéndola hacia la alienación.

Jürgen Habermas (1929-), representante de la segunda generación de la Escuela de Frankfurt (discípulo de Horkheimer, Adorno y Marcuse), centra sus estudios en el mundo de la vida, el micro mundo donde las personas interactuamos y nos comunicamos. Nos interesa resaltar la doble óptica que el autor aporta, estableciendo dos polos de aproximación: por un lado, el punto de vista de los sujetos que actúan en la sociedad, que pertenece al mundo de la vida (perspectiva interna); por otro, la visión externa, que observa la sociedad desde fuera (perspectiva externa), perteneciendo al sistema (Ritzer, 1993: 507). Desde este esquema básico, se explican instituciones o estructuras tales como la familia, el estado, incluso el deporte, siendo características estructurales que desarrolla el sistema a partir del mundo de la vida. A su vez, el mundo de la vida, que estaría compuesto por la cultura, la sociedad y la personalidad, depende del sistema para desarrollarse, mantenerse o reproducirse.

Su teoría de la acción comunicativa, según la cual el *lenguaje* es algo más que un medio de comunicación, nos puede ayudar a entender cómo se construye socialmente el deporte. Existen tres actos de hablar: constitutivos, representativos y regulativos. Los deportistas, o los directivos, periodistas deportivos y entrenadores, cuando hablan desarrollan actos constitutivos; mediante su habla, crean y transmiten información sobre el deporte, con un carácter de verdad. Del mismo modo, representan al deporte, y mediante actos representativos se presentan ante el público para

dar veracidad a su habla. Por último, realizan actos regulativos, que les permiten expresar el sentido normativo de las relaciones interpersonales. Así pues, el sentido y el significado del deporte se encuentran en el lenguaje.

Habermas concibe el conflicto como una realidad permanente entre las estructuras y los sujetos, tanto a nivel meramente material -como consideraba Marx-, como en el seno de la producción simbólica; esto es, no sólo en el hacer *-homo faber-*, sino también en el aspecto intersubjetivo y comunicativo de la sociedad *-homo loquens-*. De este modo, siguiendo a Freud, Habermas entiende que los conflictos de la personalidad, el “malestar en la cultura”, describe perfectamente esa faceta conflictiva de la realidad social. Por ello, la metáfora psicoanalítica puede reflejar perfectamente aquello en lo que la sociedad democrática y avanzada debería consistir: un diálogo en que “los actores individuales y colectivos debaten sin fin en un proceso comunicativo que elude la violencia y la exclusión sin obviar el reconocimiento de los problemas y las diferencias” (Giner, 2003: 604).

Otra preocupación de Habermas se centra en la racionalización (formal -propia al sistema- y sustantiva -propia del mundo de la vida). La dominación viene determinada por el triunfo de la racionalidad formal sobre la sustantiva, lo que dificulta la comunicación libre. Como consecuencia de esta dominación, los elementos del mundo de la vida se separan y diferencian: cultura, sociedad y personalidad.

La consecuencia de la racionalización formal, afectando a la comunicación, es que el lenguaje pierde protagonismo, ocupando su espacio el poder y el dinero, provocando situaciones de crisis. Quienes controlan los medios del dinero y el poder (la burguesía), aseguran la integración en el sistema y el sostenimiento de las instituciones.

Así pues, la violencia y las crisis existentes en la actualidad dependen de esos desajustes entre el mundo de la vida y el sistema. Podemos observar cómo en la actualidad las relaciones de comunicación que se producen, por ejemplo, a través del deporte, favoreciendo la interacción, están condicionadas por las estructuras deportivas (federaciones, reglamentos, normativas, etc.) que ha desarrollado el sistema (deportivo, en este caso); pudiendo incluso llegar a colonizarlas, cuando la racionalidad formal anula la racionalidad sustantiva y la comunicación libre. Una muestra clara de este proceso está en la importancia que han adquirido en la actualidad deportiva el poder y el dinero, sustituyendo el lenguaje como medio de comunicación, provocando razones económicas que actúan como interlocutoras.

Esa colonización del mundo de la vida del deportista se debe a que no somos capaces de desarrollar un concepto propio de deporte (o de violencia en el deporte, diríamos), siendo incapaces de definir la práctica deportiva, ignorando la cultura deportiva, reproduciéndola inconscientemente. Así, no es raro ver que los implicados en el mundo del deporte asumen los roles deportivos correspondientes de forma hegemónica y sistémica, siendo el dinero y las relaciones de poder los protagonistas de la práctica deportiva y las relaciones en el deporte.

1.7. Disfunción (Merton), imaginación sociológica (Mills), figuración (Elias) y conflicto (Cosser)

Para Robert King Merton (1910-2003), existen consecuencias no deseadas en los sistemas sociales y culturales que también tributan al sistema, y que son generadas por él; la violencia, puede ser una de ellas (Merton, 1972).

Merton diferencia, dentro de las funciones, las consecuencias objetivas observables en las prácticas sociales de las previsiones, disposiciones o motivos, lo que le permitirá distinguir entre funciones manifiestas y latentes. Las manifiestas, son aquellas que son reconocidas por los participantes. En el caso de la violencia, podría ser la defensa ante las agresiones, la defensa del territorio, del honor, etc. Serían las que los propios *hooligan* reconocen cuando son inquiridos por el sentido de sus acciones violentas. Las latentes, son consecuencias de las acciones que los

participantes no consideran, al no ser conscientes de ellas. Serían, en el caso de la violencia, el reconocimiento de los otros, la visibilidad social, el sentimiento de pertenencia a un grupo, etc.

En *Teoría y Estructuras Sociales* (1972), Merton entiende que es necesario conocer las consecuencias negativas o disfuncionales, para comprender que la clave del desarrollo social, así como su pervivencia, está en las relaciones entre las funciones y las disfunciones. Así, podremos determinar cuándo una estructura es más o menos funcional o disfuncional. Es preciso diferenciar funciones de disfunciones. Las funciones están claras cuando son manifiestas, evidentes, no tanto cuando no los son; sin embargo, las *disfunciones* se refieren a aspectos de la actividad en sociedad que tienden a producir cambios en la misma, ya que suponen una amenaza para la cohesión social y desafían al orden existente. Así, como indican García, Puig y Lagardera (1998: 23), “una función manifiesta de los grandes espectáculos deportivos sería el logro de destacados resultados y el entretenimiento de los espectadores, mientras que los brotes de violencia, el uso de drogas o los excesos del mercantilismo podrían considerarse funciones latentes”; o disfunciones, como nosotros las consideramos, ya que hacen peligrar, en casos extremos, el orden establecido, desde el momento en que crean “pánico moral”⁴, y muchos espectadores no violentos dejan de acudir a los estadios por temor a los incidentes violentos. Sobre la visión funcionalista del deporte, volveremos más adelante.

Ahora bien, aunque existen condiciones previas funcionalmente necesarias, no hay instituciones indispensables en la sociedad, lo que provoca alternativas funcionales que impiden el estatismo de las mismas. Así, dentro de su análisis funcional, defendido en sus primeros momentos (el llamado Merton de 1945), entiende que la sociología se ocupa de conocer lo estandarizado y normativizado, cuyas funciones favorecen el ajuste del sistema; pero, también han de analizarse las posibles disfunciones, para obtener un saldo positivo o negativo del sistema. Esto ocurre con la violencia en el deporte, cuya institución -el deporte- se encuentra con las disfunciones provocadas por la violencia de los espectadores, y que puede acabar por aportar un saldo negativo al sistema deportivo en general. Por ello, el sociólogo debe tener en cuenta tanto las funciones manifiestas como las latentes, puesto que hay cosas que pueden ser funcionales para unos individuos o grupos (hinchas radicales), y disfuncionales para otros (resto de espectadores, jugadores, etc.). Los prerequisites funcionales de todo sistema social (el deporte cumple una función en la sociedad) establecen un margen de variación para las posibles alternativas funcionales, negando, de este modo, la condición de inevitable de lo existente.

Por otra parte, el Merton de 1975, más estructuralista que funcionalista, entiende que las estructuras sociales generan conflicto, conductas desviadas e intenciones de cambio, lo que rompe la continuidad estructural. Para salvar esta cuestión, Merton concibe el conflicto como producido por las estructuras sociales, negando que exista un acuerdo sobre los valores, intereses y normas. En definitiva, piensa que el sistema -desde una perspectiva funcionalista- puede asimilar sus propias contradicciones, no considerando al conflicto como anormal o patológico. Esta postura de Merton nos parece más realista, ya que los conflictos son, a nuestro entender, inevitables; sin embargo, la cuestión estriba en cómo afrontarlos y cómo darles una salida de forma no violenta, lo que en el caso de deporte es un reto, pero que puede ser un buen modelo extrapolable al resto de la sociedad.

Sin embargo, funcionalistas posteriores, herederos de la tradición durkheimiana, consideran que la violencia cumple una función social ambivalente. Por una parte, tiene una función latente,

⁴ Según Curran (1997), de diversas investigaciones sobre el “pánico moral” se desprende que las representaciones estereotipadas y engañosas de los grupos marginales en los medios contribuyen a desviar el conflicto social más amplio y a reforzar las normas dominantes políticas y sociales. Así lo ilustraron los estudios de la representación en los medios de la protesta política (Halloran, Elliott & Murdock, 1970; Hall, 1973a), de las bandas juveniles (Cohen, 1955), de la drogadicción (Cohen y Young, 1974), de los atracadores (Hall et al., 1978), de los sindicalistas (Beharrell & Philo, 1977), de los hinchas de fútbol (Whannel, 1979), de los saqueadores (Golding & Middleton, 1982), etc.

que no es reconocida por los agentes implicados en la misma (propiciar un espacio de difusión y exteriorización, canalización de las frustraciones y discriminaciones sociales); por otra parte, constituye una auténtica *disfunción*, ya que dinamita desde dentro el propio fenómeno en que se encuentra enraizada, y pone en peligro la propia persistencia del fenómeno deportivo en cuestión. En esta línea, para Merton las disfunciones constituyen una amenaza para la cohesión social.

La explicación que ofrecen algunos funcionalistas acerca del fenómeno de la violencia en el deporte no puede aislarse de la violencia en la sociedad. Considerar que existe tal violencia en el deporte porque cumple una función catártica en la sociedad, implicaría que la solución es esperar, o favorecer, que deje de cumplir dicha función. Eso sería como decir que si la violencia cumple una función en la sociedad en general, cuando la sociedad deje de existir ya no podrá cumplir una función en ella y ya no habrá violencia; esto parece en extremo simplista, ya que su resolución parece tan evidente como absurda: cuando deje de cumplir una función en ella, desaparecerá. Lo cual puede ser tan cierto como el hecho de que si fuese la violencia inherente a la sociedad, ésta desaparecería cuando lo hiciese aquélla; flaco remedio.

Merton y Parsons, apoyándose en el concepto durkheimiano de anomia -y otros relacionados, sugieren que la disfunción existente entre los valores normativos que orientan la conducta y la organización estructural de la sociedad es lo que motiva las desviaciones existentes. De hecho, cuando un grupo se hace consciente de que está en una posición de desventaja, propicia la creación de una subcultura con valores propios, lo que le posibilita obtener éxito.

Para Merton, algunos individuos, debido a la posición que ocupan en la estructura social (marginalidad, pobreza, etc.), son incapaces de adaptar su conducta a los valores normativos, incurriendo en situaciones de anomia. Se produce en estos individuos una desviación generada por la disyunción entre los valores culturales -aquellos que forman parte de la cultura y gobiernan la conducta de los individuos- y los medios socio-estructurales para alcanzar dichos valores. Estas disyunciones entre cultura y estructura -entendida la estructura como los valores normativos que gobiernan la conducta esperada de los individuos en una sociedad- tienen una consecuencia disfuncional, puesto que llevan a la desviación dentro de la sociedad.

En esta línea, Charles Wright Mills (1916-1962), reocupado por los conflictos, utilizará la *imaginación sociológica* para intentar establecer relaciones entre el carácter del individuo y la estructura social. Con relación al deporte, la imaginación sociológica permite al individuo comprender su propia experiencia y su destino, si es capaz de situarse en su época. Esto es, las inquietudes personales de los deportistas, o de aquellos que se preocupan por el deporte, surgen cuando nuestra concepción sobre él se encuentra amenazada (en aquellos valores deportivos que defendemos: bases educativas, *fair play*, valores sociales, etc.). Cuando somos conscientes de que el deporte no representa nuestra concepción, y queremos hacer algo para cambiarlo, nos encontramos con las limitaciones impuestas por la economía o la política, lo que propicia que tomemos en consideración los problemas públicos de la estructura social. Se trata de conectar los fenómenos cotidianos que parecen menores a fuerzas mayores, para comprenderlos en su verdadera dimensión.

Para García, Puig y Lagardera (1990: 24), la imaginación sociológica permite situar el estudio del deporte en la tradición clásica de la teoría sociológica. Entonces, el deporte adquiere dimensión de problema social, con relación a la conducta humana, así como a la desigualdad social y la diferencia de clases. En el caso de la violencia en el deporte, la “imaginación sociológica” nos permite comprender la tupida red de relaciones e intereses que subyacen a los fenómenos violentos. Ni el deporte es violencia, ni reproductor de ella, ni es el reducto de la paz, como otros presuponen. El deporte, en su construcción y en su práctica, así como en su contemplación, exige responsabilidad; su estudio, como fenómeno social, exige conectar los acontecimientos que en él se dan con fuerzas mayores que lo justifican y lo hacen comprensible.

Así las cosas, Norbert Elias (1897-1990) desarrolla la *perspectiva figuracional* para salvar el abismo entre el individuo y la sociedad, lo que representa un referente epistemológico en nuestro

análisis. A pesar de reconocer la existencia de ambas realidades, no entiende el abismo que provocan las ciencias que conciben al individuo como aislado e independiente en sus funciones psíquicas de sus relaciones con otras personas; así como tampoco comprende a la psicología social, que elimina las funciones psíquicas del individuo. En este contexto, la violencia debe ser percibida desde distintas perspectivas, comprendiendo el deporte como una *figuración*.

El marco que sustenta su visión de la historia, sobre la base de sus investigaciones, se denomina Teoría de los Procesos de la Civilización, que aplica al campo del deporte. Esta perspectiva, según la cual las sociedades occidentales han sufrido un proceso de civilización, reflejado en el descenso del umbral de tolerancia a la violencia y en la depuración de los estándares de comportamiento de los individuos, encuentra su mejor ejemplo en los pasatiempos previos al nacimiento del deporte, que fueron perdiendo sus raíces violentas a favor de una mayor "deportivización". La transformación de los juegos y pasatiempos pre-deportivos en deporte ha significado la reglamentación y homogeneización de los mismos, al tiempo que ha permitido civilizar *-deportivizar-* a los individuos en el proceso de integración en la sociedad. Esta teoría les ha servido para explicar el fenómeno de la violencia en el deporte.

Elias y Dunning (1992), estudian cómo se formó el Estado en la Inglaterra Victoriana, y el papel que en este proceso jugó la transformación de los pasatiempos, crueles por entonces, en juegos normativizados y, posteriormente, en deportes reglamentados. Consideran el deporte como mucho más que simples pasatiempos, ya que el proceso de civilización alcanza la expresión de deportivización en el deporte (con la aceptación de las reglas, el control de las emociones y de las conductas, la formación de la conciencia, etc.).

Una de las distinciones que realiza Elias se refiere a la figuración construida. Ya que las personas estamos formadas por numerosas valencias afectivas orientadas hacia otros, dando lugar unas a vínculos y anclajes, mientras que otras continúan libres e insatisfechas, y podemos entender que algunas de estas figuraciones son construidas. Ante la pérdida de un ser querido, con el que teníamos establecida y cubierta una valencia afectiva, nos quedamos con una valencia insatisfecha, ya que no hay recambio posible para ese desaparecido, lo que exige reestructurar todo el entramado de la figuración. En el caso del deporte, que permite experimentar sensaciones, vínculos e identificaciones con nuestro equipo, su derrota, su descenso o su ascenso (entre muchas otras posibilidades: fichajes, traspasos, cambio de presidente, etc.), pueden provocar en los hinchas más radicales una gran pérdida afectiva, que recompondrán en una nueva figuración como violentos. A la construcción de dichas figuraciones, por parte de ciertos grupos de seguidores fanáticos, debemos dirigir medidas adecuadas que permitan construir figuraciones más positivas. El equilibrio entre el cambio y la permanencia dan lugar a la necesidad, y definen a la figuración en su evolución. Si las personas se distancian de la figuración, así como de la propia necesidad, los individuos están en condiciones de hacer más accesible a su propio entendimiento la necesidad del cambio de la figuración.

Obviamente, la *Teoría de los Procesos de Civilización* ha tenido sus detractores. Incluso, en el caso de la violencia hay quienes defienden el argumento contrario, que no implica un descenso de los fenómenos violentos y una mayor civilización de la sociedad; antes bien, como puede observarse en el caso del deporte, los acontecimientos de naturaleza violenta han aumentado desde mediados de la década de los 60 del pasado siglo. De todas formas, sea o no este hecho objetivo, lo que sí es cierto es que los deportes surgen con una reglamentación que tiende a limitar el uso de la violencia. Esta evolución, que ha quedado también patente en otras formas sociales, tales como los hábitos protocolarios en la mesa, o la repugnancia ante las escenas de violencia (que fueron tan constantes en otras épocas históricas, y particularmente relacionadas con el deporte: gladiadores, justas, corridas de toros, etc.), está jalonada, sin embargo, por acontecimientos violentos que han marcado el siglo XX.

Nuestra visión se acerca más a una doble función del deporte en la sociedad, así como a una visión más compleja de la violencia. Es cierto que se ha producido un proceso de civilización, al

menos en lo relativo a la publicidad de tales actos, si bien existen ciertas instituciones sociales que están inmersas en un proceso “descivilizador”: el deporte es una de ellas. De ahí la importancia que definir qué es deporte, en el sentido de a qué realidad nos estamos refiriendo cuando utilizamos el término “deporte”. Aquellas funciones desviadas que consideraba Merton, consecuencias no deseadas del deporte, tales como el dopaje, la violencia o la excesiva mercantilización, funcionan como elementos desestabilizadores y “descivilizadores” del sistema deportivo, hasta el punto de que lo pueden poner en peligro. Sin lugar a dudas, el deporte, como muchas otras instituciones sociales, ejerce ambas funciones (Mosquera et cols., 2004c).

Otro de los presupuestos hermenéuticos que hemos de destacar hace referencia a su visión de las relaciones entre individuo y sociedad, ya que debemos huir de cómo deben ser, para poder acercarnos a cómo son. Sin entrar en el debate en torno a la falacia naturalista, nos parece apropiado incidir en que lo importante es qué es el deporte, qué entendemos por violencia en el deporte, más que lo que pensamos que debería ser el deporte, o como nos gustaría que fuese, ya que tal confusión provoca contradicciones a la hora de pensar un tema tan relevante.

Desde otra perspectiva, Lewis Coser (1913-2003), máximo representante de la *Teoría del Conflicto*, a pesar de posturas proclives a considerar al deporte como elemento que enmascara problemas sociales, considera el *conflicto* con relación a sus repercusiones para la cohesión, la identidad y el refuerzo de los grupos sociales. No obstante, si lo extrapolamos al mundo deporte, con conflictos (v.g., una competición deportiva) nos referiremos a la competición, donde el establecimiento de dos bloques, a través del enfrentamiento deportivo, favorecerá la identidad y la cohesión de cada grupo.

En *Las funciones del conflicto social* (1961), Coser asume el conflicto como forma de socialización, y que la armonía y la desarmonía se encuentran en el seno de todos los grupos. El conflicto tiene una función social: es la lucha por los valores y por el estatus, el poder y los recursos escasos, en el curso de la cual los oponentes desean neutralizar, dañar o eliminar a sus adversarios. Un conflicto, para ser un “conflicto social”, debe trascender lo individual, y proceder de la propia estructura de la sociedad.

Sin embargo, debemos insistir en que tiene funciones integradoras, ya que algunas formas de conflicto son necesarias para el mantenimiento de la identidad, de la cohesión, y para delimitar un grupo social. Así ocurre con los hinchas radicales, reunidos en grupos de hinchas, facciones, tribus urbanas (Costa, Pérez y Tropea, 1997), etc., cuya existencia se debe a los conflictos que generan para alcanzar visibilidad social. La situación de desigualdad social que viven muchos de los integrantes de estos grupos radicales, en situación de marginalidad y pobreza, provoca un conflicto, pero dicho conflicto es precisamente el factor que puede generar el cambio social.

Los conflictos son inevitables, necesarios y positivos para el desarrollo social, pero no debemos olvidar que muchas veces es la violencia la medida que se utiliza para resolver los conflictos; de ahí el énfasis que debemos poner en la resolución no violenta de los mismos, principalmente a través de las actividades físicas y deportivas.

Las características del conflicto para Coser (1961), se detallan a continuación:

- ✓ El conflicto desarrolla funciones conectivas: ya que establece las fronteras entre los distintos grupos de un sistema social, otorgándoles identidad a cada uno; el enfrentamiento que provoca permite mantener un equilibrio social. En este sentido, las relaciones de conflicto establecidas entre los hinchas más radicales y los clubes deportivos, provocan que se establezcan límites, reafirmando su identidad, y manteniendo un equilibrio que coloca a cada uno en su lugar.
- ✓ Conflicto como protección del grupo y de las instituciones, como válvula de seguridad: los enfrentamientos producidos por los conflictos entre hinchas y clubes ayudan a mantener un equilibrio, a través de un alivio de tensiones; esto ocurre siempre que no se recurra a la violencia, pues rompería el equilibrio. El propio deporte, como hemos visto, es para muchos

la institución que actúa como válvula de escape, que evita que los sentimientos hostiles se descarguen por otros canales.

- ✓ Conflicto real y conflicto irreal: el conflicto real se da cuando es un medio para lograr un fin; así, el enfrentamiento de los hinchas con los clubes buscaría protagonismo, privilegios, entradas, etc. Por otra parte, el conflicto irreal, que se da cuando el conflicto es un fin en sí mismo, se puede producir para expresar la agresividad sin más, dirigiéndola, en el caso de los hinchas, hacia otras hinchadas.
- ✓ Conflicto e impulsos hostiles: el impulso hostil se dirige hacia un objeto; aparece cuando se produce un conflicto real, y lo podemos entender como agresividad. A veces, cuando en los hinchas se manifiestan estos impulsos hostiles, aparece dicha interacción con el objeto, produciendo un conflicto (los medios de comunicación favorecen en muchas ocasiones esta cuestión, cuando avivan las rivalidades y conectan a los hinchas -sujeto- con ese objeto, que ellos mismos les dan: datos de rencores, de venganzas, de insultos, etc.).
- ✓ Hostilidad en las relaciones sociales íntimas: el amor y el odio son dos caras de la misma moneda en las relaciones íntimas. Así, los hinchas experimentan amor y odio contra sus propios equipos y contra los directivos, las facciones rivales, etc.
- ✓ A mayor intimidad en la relación mayor intensidad en los conflictos: si las personas están emocionalmente implicadas, se radicalizan las posiciones. Podremos observar que en el caso de los seguidores radicales se produce un fuerte proceso de identificación con el equipo, de tal forma que lo sienten como propio, favoreciendo el aumento e intensidad de los conflictos. No es igual la relación entre todos los miembros de la hinchada.
- ✓ Impacto y función del conflicto en las estructuras del grupo: los sistemas cerrados, que no admiten el conflicto, pueden beneficiarse de instituciones específicas (espectáculos deportivos) para canalizar los sentimientos hostiles. Pero no garantiza que se adapte a los cambios sociales: en el franquismo, el fútbol era seguido y fomentado con esta intención; sin embargo, al pasar a la democracia no se han producido los ajustes necesarios para introducir el conflicto como canalización y se han desencadenado escenas de violencia.
- ✓ Conflicto como índice de estabilidad: las relaciones estables se caracterizan por una relación conflictiva; esto es porque la estabilidad de la relación permite manifestar las opiniones y entrar en conflicto de intereses, como ocurre entre hinchas y directivos, al manifestar sus discrepancias y reivindicaciones.
- ✓ Conflictos con grupos extraños aumentan la cohesión interna: el reconocimiento de diferentes grupos (por ejemplo, de hinchas) otorga identidad al grupo y favorece su cohesión y consolidación. De hecho, los deportes de equipo están basados en esta lógica: cuanto mayor rivalidad existe entre los equipos, mayor unidad se produce en su seno.
- ✓ El conflicto con otros grupos define la estructura del grupo y la reacción consecuente al conflicto interno: al oponerse a otros grupos, se consigue cohesión; sin embargo, el propio grupo exige obediencia ciega de sus miembros, y una total implicación, provocando escisiones internas en función del grupo y del conflicto.
- ✓ Búsqueda de enemigos: los grupos necesitan buscar enemigos reales (otras hinchadas rivales) o imaginarios (viejas rencillas que ya nadie recuerda), para mantener su unidad. Tengamos en cuenta que esta característica fue la que definió la *guerra fría*, provocando que las naciones se armasen ante el posible enemigo al que se teme. Muchas veces la escalada de la violencia es virtual, ya que no real, pero es más peligrosa que la propia guerra, puesto que no existe una redefinición de la situación sino una escalada interminable que puede desencadenar verdaderas catástrofes.
- ✓ Ideología y conflicto: cuando la meta que persigue el conflicto es colectiva y objetiva, siendo la lucha más encarnizada e intensa, entran en juego derechos que están por encima de los individuos, esto es: una ideología. Los límites de esa lucha son quebradizos. Así ocurre en ciertos encuentros deportivos internacionales, sobre todo en finales mundiales u olímpicas,

donde se enfrentan dos naciones cuya ideología es contraria (v.g., la final de waterpolo entre Hungría y la Unión Soviética en 1956). También ocurre con ideologías neonazis que están detrás de muchos grupos radicales.

- ✓ El conflicto liga a los contendientes: el enfrentamiento con otros, cuya máxima expresión es el enfrentamiento deportivo, establece vínculos inexistentes hasta entonces. El conflicto se convierte en un agente de socialización para ellos. Mediante el enfrentamiento, el conflicto deportivo, nos conocemos mejor y enseñamos nuestras armas (capacidades).
- ✓ Interés en la unificación del enemigo: si el contrario está unido, la resolución del conflicto (la victoria o la derrota deportiva) será suficiente para resolver la ligación; si el contrario no está unificado, no se podrá alcanzar un resultado que sea respetado por las facciones o escisiones del mismo. Así ocurre con las negociaciones de los clubes o autoridades con los hinchas; si estos están unidos, los acuerdos serán más duraderos.
- ✓ El conflicto establece y mantiene el equilibrio de poder: sólo mediante el enfrentamiento se pueden conocer las fuerzas y las armas de los demás. Los deportistas necesitan enfrentarse con sus rivales para conocer sus posibilidades. Así se evita el desequilibrio, puesto que se pueden modificar las relaciones de fuerza.
- ✓ El conflicto crea asociaciones y coaliciones: se producen alianzas entre personas y grupos, que sin los conflictos sería difícil establecer.

1.8. Vida cotidiana (Schütz), signo (Saussure), lógica interna (Parlebas), orden (Alexander) y subjetivo (Wiley)

A Alfred Schütz (1889-1959) le interesa el modo en que las personas aprehenden la conciencia de los otros mientras viven en la corriente de su propia conciencia. Entiende que el conocimiento tiene una naturaleza social, basada en la intersubjetividad. Por esta razón, estudia la *vida cotidiana*, esa realidad compartida que crea el tejido social; si bien, se encuentra condicionada por las estructuras sociales y culturales.

Esta visión de la realidad, que exige utilizar la *epojé* (Schütz, 1974: 214), poner la vida entre paréntesis, evitando todo prejuicio, nos acerca a la visión del deporte como núcleo creador de intersubjetividad. Sin lugar a dudas, el deporte crea y recrea la realidad social. La fenomenología es una teoría de la acción significativa, resultado de una situación, una imagen del mundo social como universo de sentido, producto determinante de las interpretaciones e interacciones cotidianas que se dan en el mundo del deporte.

Parece necesario utilizar la fenomenología en el campo de las ciencias del deporte, para poder entender qué sucede en el juego y en el deporte en las relaciones de interacción -que muchas veces son violentas-, y para comprender de qué forma, en cuanto que actividades cotidianas, participan en la creación de la realidad social. El deporte está impregnando la vida de muchas personas: de los practicantes, de los espectadores, de los medios de comunicación -que redefinen continuamente esa realidad-, la política, la economía, etc.

Schütz distingue dos tipos de significados: el subjetivo (del actor) y el objetivo (del observador).

Esta diferenciación remite a la cuestión de la intencionalidad en la comisión de acciones violentas. De hecho, el significado de una acción (v.g., una entrada dura al contrario en un encuentro deportivo), se atribuye de forma retrospectiva, cuando ya ha ocurrido; o prospectiva, cuando la conducta está dirigida a la realización de un determinado fin futuro. De ahí que Schütz distinga el “motivo para...” del “motivo porque...”, siendo el primero el propósito al que se dirige la acción, mientras el segundo precisa de un estudio retrospectivo.

Ante las conductas violentas, debemos distinguir ambos motivos, ya que no es lo mismo el “para qué” hacemos algo que el “por qué” lo hacemos, y sólo el resultado de la acción nos podrá desvelar el *porqué* de las actuaciones violentas.

En la relación entre ambos significados es donde radica el problema de las ciencias sociales para Schütz; y también donde radica uno de los problemas básicos del estudio de la violencia: diferenciar los motivos de las razones. Armonizar todo esto con el resultado de la investigación a través de la observación, es el reto del estudio de la violencia.

Herederos del pensamiento de Schütz, Peter Berger y Thomas Luckmann, en *La Construcción Social de la Realidad* (1986), señalan que la sociedad es un producto humano y que el hombre es un ser social. Esto nos lleva a preguntarnos por las actividades de los individuos y los grupos en la producción del mundo social, así como por los procesos que permiten su mantenimiento y su reproducción. Sin embargo, no clarifican hasta qué punto el conocimiento social cotidiano se relaciona con los conflictos, con la violencia y con las luchas de poder, en torno a la riqueza y el honor; no quedando claro si es producto de los mismos. De este modo, los aspectos más emotivos, los afectos, la presión social para asimilar los esquemas de actuación, los rituales de interacción, quedan fuera de su esquema, centrándose en la dimensión cognoscitiva, más fenomenológica; y estos aspectos son fundamentales para comprender los fenómenos de la violencia y de la inadaptación social.

Por su parte, Ferdinand De Saussure (1857-1913), llama la atención sobre los significados que puede construir cualquier objeto, no sólo los signos o los sonidos. Así, en el deporte encontramos gestos habituales, tales como sacar una tarjeta (o la tarjeta misma), que proporcionan un significado por la diferencia que tienen con otros. La semiótica, la ciencia del *signo* (Eco, 1977; 1988), nos puede definir los innumerables sentidos que se dan en torno al deporte (colores, camisetas, banderas, gestos de los jugadores, los entrenadores, los árbitros, los espectadores, etc.), cuyo referente, su significado, adquiere fuerza y significación dentro de la estructura propia del deporte. Por eso, hemos de prestar especial atención a los insultos, los gestos obscenos, las pancartas y muchos otros signos verbales, no verbales o gestuales, que implican un significado peyorativo o violento para otros.

Continuando con nuestro análisis, encontramos a Claude Lévi-Strauss (1908-2009), padre del estructuralismo, quien ha sido utilizado por teóricos del deporte para sistematizarlo a partir de las prácticas deportivas. Parlebas (1985), en esa línea, intenta clasificar las formas del juego deportivo a través del concepto de acción motriz, como objeto de estudio de las ciencias del deporte. Nos interesa su clasificación de los deportes basándose en la *lógica interna*, que establece la dureza de los encuentros deportivos sobre la base de la distancia de carga.

Por otra parte, Jeffrey Alexander (1947-) se centra en las cuestiones del orden (en sus niveles individual y colectivo) y de la acción (en sus niveles materialista e idealista). Entiende que en el extremo macro el *orden* se crea externamente, con una naturaleza colectiva (fenómenos colectivos); por la contra, en el extremo micro, el orden proviene de fuerzas internalizadas de naturaleza individualista (negociación individual). El problema del orden se puede extender a las acciones violentas. Es importante diferenciar los extremos *macro* y *micro*. En el primero, el orden que garantiza un funcionamiento regulativo proviene de fuera, de los fenómenos colectivos; contrariamente, en lo que atañe al orden *micro*, es el propio individuo, a través de la negociación individual, quien establece el orden. Es preciso entender que ambas dimensiones de análisis, micro y macro están relacionadas y aportan orden a la sociedad por distintos procesos. Del mismo modo, cuando se producen acciones violentas debemos atender a esta perspectiva y comprender que las dimensiones macro y micro requieren aproximaciones diferentes y distintas estrategias de abordaje.

Concordamos con Alexander en que la realidad social es multidimensional; sin embargo, primar una perspectiva como explicativa de la acción social no nos parece convincente. Sí es cierto que la responsabilidad de la acción corresponde al nivel colectivo-idealista, pero exime de la responsabilidad compartida que, en el caso de la violencia en el deporte, corresponde a todos los ámbitos implicados.

No obstante, el modelo de Alexander nos abre el campo de estudio a la interiorización de las normas y reglas del juego por parte de los deportistas. Puesto que las fuentes de orden son más internas que externas para el actor, es necesario reflexionar sobre la cuestión de hasta qué punto estas reglas son eficaces si es que no están interiorizadas en el colectivo de los deportistas, o en la sociedad en general. De hecho, desde nuestro punto de vista, el deporte ofrece un espacio privilegiado de situaciones y emociones que dista mucho de la media de otras instituciones sociales (el trabajo, la política, la justicia, etc.). Podríamos cuestionarnos hasta qué punto la “filosofía del juego limpio”, que impregna la acción instrumental-racional, coincide con la acción normativa emocional que los jugadores y los directivos manifiestan con sus conductas en el terreno de juego.

Norbert Wiley (1914-1990), pone su acento en lo *subjetivo*, ya que le interesa la relación que se establece entre los distintos niveles y el individuo; para él, todos los niveles se definen subjetivamente (Wiley, 1994). Para la cuestión de la violencia, poner el énfasis en el individuo parece acertado, ya que en él reposa la responsabilidad última de sus acciones, con relación a la libertad de acción que media entre los condicionamientos socio-culturales y los procesos educativos, en la línea de elegir actuaciones socialmente deseables más allá de los impulsos e instintos de agresión.

1.9. Elección racional (Coleman), estructuración (Giddens), interacciones (Archer), *habitus* (Bourdieu)

James Coleman (1927-1995) realiza un análisis que fluye de lo micro a lo macro, desdeñando el proceso inverso. Para la cuestión de las conductas violentas esta dirección tiene sentido, en cuanto a la concurrencia de acciones intencionales en busca de recursos. Pero, pasa por alto que los valores, así como las preferencias que las condicionan, fluyen desde la sociedad al individuo, o al menos desde el grupo y el contexto particular; contexto que, por otra parte, el individuo no crea, sino que participa de él.

Coleman se apoya en la teoría de la *elección racional*, desentendiéndose de la cuestión de si los actores actúan racionalmente o no. En todo caso, no debemos olvidar que una acción racional puede ser inaceptable socialmente, aunque no deje de ser racional. El campo de la ética, que está tan próximo al campo del deporte, y cuyo nexo de unión es la filosofía del *fair play*, va más allá de la racionalidad de las acciones, puesto que en el deporte será racional aquello que permite el reglamento, pero no es capaz de prever conductas racionales violentas o dañinas para otros, que sí tienen una reprobación moral y, por tanto, finalmente social.

Coleman considera que ciertas personas crean las normas y las mantienen porque piensan que obtendrán beneficios con ello, así como perjuicios cuando se violan. De esta forma, las personas admiten que se controle en cierta medida su conducta, obteniendo a cambio control sobre las conductas de otros, lo que produce un equilibrio. Claro está que en el caso de la violencia en el deporte la cuestión se complica, ya que ciertas normas -reglamentos- están algo difuminadas o poco claras, y no es necesario violarlas para que con ello se provoque desequilibrio y violencia. Por esta razón, el juego limpio es algo más que el respeto a las normas, porque éstas no garantizan una relación simétrica en la práctica deportiva.

Para Anthony Giddens (1938-), acción y estructura no pueden concebirse separadamente; son una dualidad, la una sin la otra no tiene sentido, siendo importante la relación dialéctica que entre ellas se establece; esto es: toda acción social implica una estructura y toda estructura implica una acción social.

Destaca la importancia de las acciones y de las interacciones que realizan los seres humanos, lo que conforma y da lugar a una *estructuración*. La estructura son las normas y los recursos que permiten estructurar las prácticas sociales. Esto mismo ocurre en el caso del sistema deportivo: condiciona las acciones de los jugadores, tanto dentro como fuera del terreno de juego, a través de

normas explícitas, tales como los reglamentos *deportivos* y la legislación deportiva, y de normas implícitas, como serían el *fair play*, el olimpismo, etc.

El estudio que Giddens realiza de las variables espacio y tiempo, trasladado al deporte, propicia situaciones de “espectacularización” o desplazamiento de las conductas violentas en el espacio (hacia las gradas, los alrededores, o lejos del emplazamiento del encuentro deportivo) y en el tiempo (antes o después de los encuentros deportivos). Es precisamente el alejamiento físico, la postura del espectador como interlocutor en una relación cara a cara demasiado distanciada emocional y físicamente del jugador, lo que provoca, en muchas ocasiones, situaciones que favorecen la violencia. Con ello, nos aproximamos a la teoría de la catarsis, una experiencia vicaria -de segunda mano-, enlatada y consumida por las masas, o a la “espectacularización” y a la exageración informativa de los incidentes violentos en el deporte (creadores del pánico moral que aleja a los seguidores pacíficos de los “campos de batalla” en que se teatralizan los estadios de fútbol).

En este sentido, Anthony Giddens considera el orden social funcional en relación al grado de integración de los sistemas sociales en el espacio y en el tiempo. Así, el sistema deportivo actual no está perfectamente integrado en el espacio y en el tiempo, lo que provocaría acontecimientos violentos. Ya que el sistema deportivo ha sido creado a partir de normas y recursos, histórica y culturalmente determinados, y que no existe *per se*, es posible que tales normas -de hecho algunas de ellas lo son claramente- y recursos no respondan al espacio y al tiempo en que se desarrollan, mostrando sus desajustes como causas de la violencia.

Para Margaret Archer (1939-), la dinámica de las *interacciones* produce cambios en la estructura del sistema. Una vez que aparecen, reaccionan sobre las propias acciones e interacciones, pudiéndolas cambiar a través de un proceso temporal infinito. De entre los factores que propician la violencia en el mundo del deporte, destaca la transformación que han sufrido los propios clubes deportivos, en concreto los clubes de fútbol, pues muchos de ellos se han convertido en sociedades anónimas deportivas. El profesionalismo ha hecho entrar en juego los intereses económicos, mediatizando el valor de los resultados y los caminos para alcanzar el éxito. Precisamente, las relaciones e interrelaciones acaecidas en los deportes espectáculo han favorecido estas transformaciones, modificando la estructura del sistema y condicionando, a su vez, el carácter de las acciones e interacciones que se producen en ese mundo.

Para Archer, el concepto cultura es más apropiado que el de estructura (fenómenos materiales), ya que está referido a fenómenos no materiales, a ideas. De ahí la importancia de conocer cómo el condicionamiento estructural, entendido en este caso cómo la concepción del deporte que tienen los actores, influye en la interacción social, y de qué forma lleva a la elaboración estructural (sea la política deportiva, la filosofía deportiva, que tanto tiene que ver con nombradas formas de violencia y explotación en el mundo del deporte). Parece claro que la concepción del deporte que tengamos, así como de la violencia, influirán sobre la interacción sociocultural y determinarán políticas deportivas o acciones educativas y organizativas diferentes. Son precisamente los agentes sociales más capacitados (los directivos, los políticos y los propios jugadores) quienes se verán influidos en mayor o menor medida por el sistema cultural.

La propia formulación y definición de qué entendemos por deporte, la reformulación de qué consideramos violencia, influye poderosamente sobre las manifestaciones de violencia que se dan en el deporte actual, así como de las aproximaciones teóricas que puede arrojar el deporte sobre la violencia. Tanto el deporte como la violencia son realidades que se están construyendo y reconstruyendo históricamente, y puede ser en el cruce, en el *locus* de la violencia en el deporte, donde podamos tomar buenos apuntes de cómo se está desarrollando este proceso.

Pierre Bourdieu (1930-2002), cree en la existencia de estructuras, con independencia de la conciencia y la voluntad de los agentes; al mismo tiempo, mantiene que los patrones de percepción, pensamiento y acción (que él llama *habitus*) se gestan socialmente, así como las propias estructuras sociales (los campos).

Como estructura mental interiorizada, que permite al individuo moverse por el mundo y presentarse ante él, el *habitus* produce a la sociedad al tiempo que es producido por ella. Por otra parte, el campo de acción, que en el deporte encontraría un buen ejemplo, está fuera de las mentes de los actores y los constriñe, dotándolos de ideas y creencias sobre lo importante en ese campo. Así pues, la práctica de los deportes conlleva la adquisición de un *habitus* particular, que es deudor de la lógica de campo, y éstos, a su vez, de la concepción de deporte y de los valores que se le atribuyen. La importancia que adquiere la noción o el concepto de deporte que cada cual desarrolla es crucial para explicar el comportamiento de los individuos con relación a la violencia.

Además, el concepto de *habitus* nos permite ahondar en el comportamiento de ciertos grupos de violentos que actúan en algunos deportes: los *hooligan*, responsables de la mayor parte de los actos vandálicos. Lo que Costa, Pérez y Tropea (1997) denominaron “tribus urbanas”, y cuya radicalización en sus comportamientos es uno de los mayores problemas de las denominadas guerras inciviles (Keane, 2000, Cáp. V), en muchas ciudades de nuestro planeta, tiene mucho que ver con la adquisición de un *habitus*. No sólo por la elección de una actividad o de una práctica deportiva, aunque en ella sólo sean espectadores, sino por la identidad que les otorga la pertenencia al grupo, y los modelos identificativos que con ello alcanzan. No sólo se comportan de la misma forma, sino que visten de una manera determinada, se peinan igual, comen lo mismo, utilizan drogas y alcohol, etc. Es una uniformidad en la diferencia. El deporte ofrece un espacio de identificación para estas personas, debido a la estructura actual de “espectacularización” y mediación informativa a que está sometido.

Las elecciones que dan lugar a la formación de un *habitus* determinado tienen relación con la clase social y la cultura. Esto es particularmente relevante en relación con la elección de deportes llamados “violentos” por ciertas clases sociales en virtud de una cultura determinada. Así, el boxeo representa una oportunidad de adquirir un estatus y unas ganancias sociales fáciles para las clases sociales desfavorecidas, al tiempo que este deporte contiene características que se encuentran potenciadas en estos segmentos de población: fuerza, dureza, agresividad, dolor, etc. Una vez más, podemos comprobar la importancia de la concepción que tenemos del deporte, ya que en las clases altas, donde esos valores de fuerza y dureza no son propios, su concepto de deporte no incluye su práctica, puesto que está fuera de su concepción. Como dice Bourdieu (2000a: 169): “el *habitus* es a la vez el principio generador de prácticas objetivamente enclasables y el sistema de enclasamiento de esas prácticas”.

Hoy en día se considera violencia, ejercida por los medios de comunicación, y a veces incorrectamente asociada al deporte, a la bulimia, la anorexia y, más precisamente, la *vigorexia*. Aunque la cuestión del cuerpo excede el ámbito de este texto, es cierto que la violencia simbólica, tal como la entiende Bourdieu, actúa con la complicidad y la connivencia de los propios actores, que adquieren unos hábitos de consumo y de prácticas deportivas que son perniciosos para su salud. Bourdieu, pone de manifiesto que la violencia puede producirse sin que sea percibida por las víctimas, puesto que se inserta en tramas de relaciones de poder naturalizadas. Willadino (2004: 121) explica muy bien esta cuestión:

“La violencia simbólica implica mecanismos de ejercicio del poder velados mediante los cuales la cultura y los sistemas simbólicos ejercen una función de legitimación del orden social vigente a través de la reproducción de valores y prácticas que fijan los agentes en posiciones desiguales en el espacio social. Se trata de estrategias coercitivas muy sutiles para que los individuos se adecuen a pautas de conducta que respondan a los intereses de los grupos que monopolizan diferentes tipos de capital (social, económico, político, cultural y simbólico). (...) Es una construcción práctica que deriva del ejercicio social e histórico de un poder que se inscribe en el cuerpo de los “dominados” bajo la forma de *habitus*, esquemas de percepción y disposiciones”.

2. Conclusiones

Tras esta extensa revisión de autores y conceptos bajo la relación entre deporte y violencia, a modo de conclusión, presentamos en primer lugar (ver tabla 1) un resumen de autores y conceptos clave que relacionan el campo semántico de la violencia; a continuación, vamos a hacer un recorrido por la sociología en relación a las corrientes integradoras que ofrecen marcos de estudio e interpretación de la sociedad:

Lucha (Saint-Simón); consenso (Comte); solidaridad, anomia, conciencia colectiva, conflictos (Durkheim); conflicto, contradicción, alineación (Marx); autoridad, racionalidad, valores, causalidad, tipos ideales (Weber); conflicto, interacción (Simmel); estructuras, Estado vigilante (Spencer); élites (Pareto); enfoque situacional, medidas de prevención (Isaac Thomas); conflictos, subculturas de delincuencia, masas (Robert Park); conflicto, cooperación, grupo primario, introspección simpática (Horton Cooley); otro generalizado, responsabilidad (Herbert Mead); sistema, cambio (Parsons); intercambio, cohesión social, argumento de autoridad (Homans); civilización, tecnología, razón instrumental (Marcuse); acción comunicativa, conflicto, racionalidad, dominación (Habermas); disfunciones, conflicto, anomia (Merton); conflictos, desigualdad social (Wright Mills); figuración (Elias); conflicto (Coser); vida cotidiana, intencionalidad, tipificaciones (Schütz); sentido común, consenso (Garfinkel); sistema, interacción, tensión (Buckley); signo (Saussure); estructura (Lévi-Strauss); orden, acción, interiorización (Alexander); subjetivo (Wiley); elección racional, acción colectiva, normas (Coleman); estructuración (Giddens); interacciones (Archer); estructuras, *habitus*, gustos culturales, violencia simbólica (Bourdieu).

Tabla1. Relación de autores y conceptos para estudiar la violencia.

1. En la sociología contemporánea existen teorías que pretenden integrar distintas perspectivas. Desde la *integración micro-macro*, surgen modelos en los años ochenta que intentan sintetizar o vincular lo *micro* (individuo) con lo *macro* (estructura). Bien es cierto que ya los clásicos habían hecho intentos en este sentido (Marx, Weber, Durkheim, Simmel, entre otros). En el nivel macro estarían el *Funcionalismo Estructural*, la *Teoría del Conflicto*, la *Teoría Marxista* y el *Estructuralismo*; en el *micro*, el *Interaccionismo Simbólico*, la *Fenomenología*, la *Etnometodología*, la *Sociología Existencial*, la *Sociología Conductista* y la *Teoría del Intercambio*.

Desde el punto de vista de las aportaciones que estos modelos pueden hacer al estudio de la violencia en el deporte, podemos invertir la cuestión y decir lo que puede aportar el deporte a la teoría sociológica. El deporte es una institución social privilegiada, en cuanto que puede ser un modelo que permita estudiar la integración micro-macro y la relación entre ambos niveles. No en vano, reproduce la estructura social. Desde el deportista individual, los equipos, los clubes, las federaciones, los comités olímpicos, el propio Comité Olímpico Internacional, podemos rastrear las relaciones sociales que se observan en otras esferas de la realidad. Así, estudiar la violencia en el deporte nos puede desvelar muchas de las claves que regulan la sociedad en general. El deporte necesita de la sociología para avanzar, tanto como la sociología precisa ocuparse de uno de los fenómenos sociales más relevantes como es el deporte. Si en otros momentos históricos, sociólogos tan relevantes como Marx, Weber o Lévi-Strauss, tomaron la economía, la religión o las relaciones de parentesco como descriptores de la sociedad, en estos momentos el deporte es el mejor “termómetro” de las relaciones sociales a todos los niveles: micro (con sus problemas de bulimia, anorexia, violencia, etc.), macro (con las cuestiones de la “Pax Olímpica” -tregua olímpica-, que atañen a los enfrentamientos militares entre naciones).

2. Como reflejo a las teorías desarrolladas en los Estados Unidos con la integración micro-macro, surge en Europa la preocupación por la *integración acción-estructura* (Giddens, Archer, Bourdieu o Habermas). Existe entre ellas un paralelismo, ya que se puede equiparar - con importantes salvedades- el nivel micro a la acción y el macro a la estructura. Ante el dilema que surge al considerar los niveles de actuación de la acción y de la estructura, tanto primando la importancia determinante de la acción individual o colectiva, como anteponiendo la omnipotencia de las estructuras (sean estas instituciones o leyes sociales), surgen distintas ofertas de armonización.

Se puede tender un puente entre ambas posturas extremas partiendo de que todos formamos parte y contribuimos a la constitución y reconstrucción del tejido social, al tiempo que nos vemos condicionados por él. La relación existente entre ambos puntos ha de ser dialéctica, procesual; a pesar de existir cierto determinismo en las conductas a partir de las instituciones creadas por los propios actores (en el sentido histórico), existe un margen de libertad en las elecciones individuales y colectivas. Este margen está definido por la variedad de respuestas ante las mismas circunstancias. La mejor forma de conseguir un mundo mejor es comenzar por imaginarlo. Una vez más, la cuestión de la violencia se encuadra en esta dinámica.

3. Existen también una serie de teorías que, deudoras del Marxismo, y teniendo como referente a la Escuela Crítica de Frankfurt, desplazan a los aspectos económicos como explicativos de la realidad social para centrarse en el estudio del sistema cultural. Su relación es estrecha con el *posmodernismo* y con la *teoría posmarxista*; se trata de las teorías críticas, que comprenden la conducta humana en base a los condicionamientos culturales, sociales y materiales, aunque no se les escapa que también existen factores intrínsecos, propios del sujeto, que condicionan su comportamiento. Para las teorías críticas, consenso y conflicto coexisten, alternando circunstancias sociales, políticas e históricas que varían el fondo de los conflictos. Ante esta situación, muy en la línea de la tradición de la escuela crítica, entienden la acción política como el único camino para alcanzar una sociedad más democrática.

Tomemos a Coakley (1988) para resumir sus concepciones básicas sobre el deporte, y que nosotros extrapolamos a la violencia:

- a. El deporte debe ser estudiado en el contexto en que se desarrolla. La violencia también; en este caso, en el deporte.
- b. La definición, filosofía y organización del deporte varían con el tiempo y las sociedades; por ello, la violencia, bien como manifestación o como fenómeno propio, evoluciona con el deporte. Inclusive, las normas, los reglamentos o el espíritu del juego (*fair play*) cambian igualmente.
- c. Los deportes reflejan la sociedad, pero también son reductos de resistencia y de cambio social. El deporte puede reproducir la violencia social, aunque entendemos que debe contribuir para lo contrario: la hermandad, pacificación, igualdad de oportunidades, resolución no violenta de conflictos, etc.
- d. Los deportes se construyen a través de la práctica deportiva también, en base a las relaciones cotidianas que a través de él establecemos; podríamos decir que tenemos el deporte que queremos, o -con cierta carga moral- que merecemos.

Sin lugar a dudas, las investigaciones de Coakley nos han demostrado cómo los deportes son un reflejo de la sociedad, pero también que nos permiten construir nuevos modelos deportivos más justos y equitativos, los cuales sirven para dinamizar los cambios sociales⁵.

⁵ Evidentemente, no todo está perdido. El voleibol playa, ha ocupado un lugar importante en el programa olímpico, alcanzando la retransmisión unas cuotas de audiencia sólo reservadas hasta entonces al todopoderoso fútbol. Lo importante no es el negocio de este deporte, la explotación -pretendida por algunos- de los cuerpos de las jugadoras, sino la dinámica propia de un juego de cancha dividida, sin manifestaciones visibles de violencia y con la música como dinamizadora de la propia actividad deportiva.

En esta línea de trabajo, Foley (1978, 1981) concluye que los deportes son rituales comunitarios, cuya vinculación a los sistemas económico, político y cultural lo llevan a reproducir las desigualdades existentes, tanto por razones de clase, como de género y raza. No obstante, los deportes son correctores y estabilizadores del sistema social -siguiendo a Foley-, desplazando la responsabilidad última de los cambios sociales (en aras a una sociedad más justa) a las condiciones políticas, económicas y culturales, no siendo exclusiva responsabilidad de los practicantes.

Estos estudios, provenientes de las teorías críticas, nos ponen en la tesitura de considerar qué tipo de deporte queremos desarrollar en nuestra sociedad, o de si es posible estabilizar un modelo de deporte socializador, que transmita valores socialmente deseables, o si tal tarea es imposible mientras no se produzcan esos cambios previamente en otras instituciones sociales. La función atribuida al deporte por los estudiosos expresa algo más que un hallazgo sociológico, puesto que puede pervertir el sentido último que queremos reservar para él. La razón por la cual los individuos se acercan al deporte, como practicantes o espectadores, dista, en la mayoría de los casos, de la función -más bien, de las funciones- que a él le atribuimos.

Dentro de las teorías críticas encontramos a la *sociología marxista*, muy productiva en el estudio del deporte. A pesar de que la sociología marxista se resistió a entrar en Estados Unidos, los acontecimientos acaecidos en este país durante la década de los sesenta (movimientos feminista y estudiantil, protestas contra la discriminación racial, y la guerra de Vietnam), favorecieron su desarrollo. Henri Lefebvre fue uno de los que más impulsó las ideas de Marx. En Europa, el grupo Partisans (1978), formado por sociólogos franceses, asienta el estudio marxista del deporte. Con sus estudios pretendían demostrar que el deporte “no sólo refleja las categorías ideológicas burguesas o burocráticas, sino que estructuralmente está mediatizado por el aparato estatal” (Berthaud y Brohm, 1978: 7).

Su postura materialista y dialéctica es aplicada al deporte, al que conciben como fenómeno social determinado por sus bases materiales, económicas y políticas. Es interesante observar cómo pretenden conocer qué es el deporte, antes de decir cómo debería ser. De hecho, la base de sus propuestas es de tipo crítico, en el sentido de sentenciar la nefasta condición que el deporte posee en las sociedades capitalistas⁶.

Nos sumamos a algunas de las críticas que Partisans (1978) realizan sobre el deporte en las sociedades capitalistas: el uso social del cuerpo, el estatus del cuerpo, el simbolismo, la elección del deporte por clases sociales, etc. Consideran el deporte como una actividad totalitaria basada en el rendimiento, la competición, el récord, la dominación y el control, la cuantificación y la jerarquía. El deportista se convierte en el obrero del estadio, y, por tanto, se encuentra alienado en su actividad, se maquiniza, produciéndose una abstracción de su trabajo, tanto a nivel de la actividad que realiza (repetición, inconsciente en muchas ocasiones, de los mismos ejercicios, sin creatividad y sin vivenciarlos), como de su cuerpo (el cuerpo deja de existir, o se separa del hombre) y de su tiempo (que se vuelve un cronómetro). Evidentemente, la alineación, si se produce, es un hecho violento, en el sentido que pervierte el verdadero sentido de la práctica. El

⁶ Evidentemente, la violencia está presente en el deporte debido a su vinculación con el espectáculo (y su profesionalización), como herencia de las sociedades capitalistas. Sin embargo, aunque en los países socialistas (léase la antigua Unión Soviética, China o Cuba), cuyos resultados deportivos han sido siempre una señal de identidad de su sistema, no parecen estar imbuidos de la violencia que azota de vez en cuando el deporte en los países capitalistas (Inglaterra, Italia, Argentina, Brasil, etc.), tal impresión está lejos de ser cierta. Si tomamos como violencia en el deporte a los sucesos cuyo resultado es la muerte o las lesiones físicas de los participantes en el espectáculo deportivo (jugadores o espectadores), estaríamos obviando situaciones extremas de violencia (menos reconocidas) que se han llevado a cabo sistemáticamente en los países socialistas (dopaje, propaganda, desnaturalización del deportista, presiones varias, experimentos biológicos fuera de toda ética, etc.). Es cierto que tales felonías se realizan igualmente en los países capitalistas; sin embargo, estas prácticas no son dirigidas y estructuradas de forma tan clara y directa por los poderes públicos, como lo es -lo fue, básicamente- en los países de ideología marxista.

deporte de alto nivel es un reflejo del sistema productivo capitalista, basado en competición, rendimiento, producción y récord (Laguillaumie, 1978; Brohm, 1978).

Sin embargo, en la sociedad actual, olvidar el profesionalismo y la dimensión espectacular del deporte sería una ingenuidad. Por ello, cobra mucha importancia, para hablar específicamente de violencia en el deporte, clarificar de qué deporte estamos hablando.

Estos autores, realizan una crítica de la figura del campeón y de su politización por el Estado, que también se puede aplicar a los países socialistas: el campeón es la piedra de toque del sistema, el modelo de comportamiento y elemento de identificación narcisista de las masas; el deporte se utiliza como propaganda política y de los progresos técnicos (Brohm, 1982).

Otra de las líneas de reflexión que aporta la sociología para estudiar el deporte la constituye el estudio analítico o sintético de los sistemas y teorías científicos, para descubrir las estructuras subyacentes a dichas teorías. Se trata de la *metateorización* (de la que Ritzer -1993- es un buen ejemplo). En sociología, como ocurre en filosofía, antropología, o física, los avances teóricos han dado lugar a continuos cambios de paradigma⁷ sobre los “cadáveres” -a veces muy vivos aún- de teorías anteriores. No sólo acostumbran a coexistir distintas teorías explicativas de los mismos fenómenos, sino que, en muchas ocasiones, coexisten teorías contrarias sobre distintos elementos de la misma realidad a estudiar. La violencia es un buen ejemplo de ello. Existe tal variedad de teorías, interpretaciones y propuestas de estudio para entender la violencia -y, por extensión, la violencia en el deporte-, que es preciso arrojar luz sobre esta cuestión realizando un esfuerzo de metateorización.

References

- Alonso-Fernández, F. (1984). *Raíces psicológicas de la violencia*. Madrid: Fundación Santa María.
- Beharrell, P. y Philo, G. (1977). *Trade Unions and the Media* (Critical social studies). London: Macmillan.
- Berger, P. y Luckmann, Th. (1986). *La construcción social de la realidad*. Madrid: Amorrortu.
- Berthaud, G. y Brohm, J. M. (Eds.) (1978). *Deporte, cultura y represión*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Bourdieu, P. (2000a). *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus.
- Brohm, J. M. (1978). Sociología política del deporte, En *Partisans, Deporte, cultura y represión* (pp. 17-31). Barcelona: Gustavo Gili.
- Brohm, J. M. (1982). *Sociología política del deporte*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Bromberger, Ch. (1991). Per una etnologia dello spettacolo sportivo. En E. Balibar, R. Bodei, C. Bromberger et al., *Identità culturali* (pp. 150-176). Roma: Francoangeli.
- Coakley, J. J. (1988). *Sport in society: issues and controversies*. St. Louis: Mosby.
- Cohen, A. K. (1955). *Delinquent boys: the culture of the gang*. New York: Glencoe.
- Cohen, S. y Young, J. (1974); *The Manufacture of News*. Constable: London.
- Coser, L. (1961). *Las funciones del conflicto social*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Costa, P., Pérez, J. M. & Tropea, F. (1997). *Tribus Urbanas*. Barcelona: Paidós.
- Curran, J. (1997). El Nuevo Revisionismo en la Investigación de la Comunicación de Masas: Una nueva valoración. En *Cuadernos de Información y Comunicación* (CIC), 3, 81-106.
- Durkheim, É. (1973). *Las reglas del método sociológico*. Madrid: Akal.
- Eco, U. (1977). *Tratado de semiótica general*. Barcelona: Lumen.
- Eco, U. (1988). *Signo*. Barcelona: Editorial Labor.

⁷ Entendemos “paradigma” en el sentido dado por T. S. Kuhn de “matriz disciplinal”, tal como recoge en la “Posdata de 1969” de *La estructura de las revoluciones científicas*. Fondo de Cultura, Madrid, Económica, 1990: 280.

- Elias, N. & Dunning, E. (1992). *Deporte y ocio en el proceso de civilización*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- Foley, H. P. (1978). Reverse similes and sex roles in the Odyssey. *Arethusa*, 11, 7-26.
- Foley, H. P. (1981). *Reflections of women in Antiquity*. Nueva York, Gordon and Breach.
- García, M., Puig, N. y Lagardera, F. (Comp.) (1998). *Sociología del deporte*. Madrid: Alianza Editorial.
- Giner, S. (Coord.) (2003). *Teoría sociológica moderna*. Barcelona: Ariel.
- Golding, P. y Middleton, S. (1982), *Images of Welfare*. Oxford: Martin Robertson.
- Hall, S., Critcher, C., Jefferson, T. & Roberts, B. (1978). *Policing the Crisis: Mugging, the State and Law and Order*. London: Macmillan.
- Halloran, J.D., Elliott, P. y Murdock, G. (1970). *Demonstrations and Communication : A Case Study*. Penguin Books: Harmondsworth.
- Jares, X. (1992). *Educación para la paz*. Madrid: Ministerio de Educación y Ciencia.
- Keane, J. (2000). *Reflexiones sobre la violencia*. Madrid: Alianza Editorial.
- Laguillaumie, P. (1978). Para una crítica fundamental del deporte. En *Partisans, Deporte, cultura y represión* (pp. 32-58). Barcelona: Gustavo Gili.
- Marcuse, H. (1993). *El hombre unidimensional*. Buenos Aires: Planeta-Agostini.
- Marx, C. (1989). *Manuscritos de economía y filosofía*. Madrid: Alianza.
- Merton, R. K. (1972). *Teoría y estructuras sociales*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Mosquera, M^a. J. (2002). *Proyecto Docente: Sociología del Deporte. Vida Cotidiana y Deporte*. Memoria presentada para ingreso en el cuerpo superior de la Administración de la Xunta de Galicia, grupo A, escala de profesores del INEF de Galicia. A Coruña: Universidad de A Coruña.
- Mosquera, M^a. J. et cols. (2004b). *No violencia en el deporte y en la vida. Guía para escolares y personas curiosas*. Xunta de Galicia: Dirección Xeral para o Deporte. Consellería de Familia, Xuventude, Deporte e Voluntariado.
- Mosquera, M^a. J; Lera, A. y Sánchez, A. (2000). *Noviolencia y deporte*. Barcelona: Inde.
- Parlebás, P (1985). *Elementos de sociología del deporte*. Málaga: Junta de Andalucía.
- Parsons, T. (1966). *El sistema social*. Madrid: Revista de occidente.
- Partisans (1978). *Deporte, cultura y represión*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Real Academia Española. (2014). *Diccionario de la lengua española* (23.^a ed.).
- Ritzer, G. (1993). *Teoría Sociológica Contemporánea*. México: McGraw-Hill.
- Sánchez, A., Mosquera, M^a. J. Bada, J. y Cebrián, Y. (2008). *Educación en valores a través del deporte*. Sevilla: Wanceulen.
- Schütz, A. (1974). *El problema de la realidad social*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Simmel, G. (1977). *La filosofía del dinero*. Madrid: Instituto de Estudios Políticos.
- Whannel, G. (1979). Football, Crowd Behaviour and the Press. En *Media, Culture and Society* 1, 327-42.
- Wiley, N. (1994). *The Semiotic Self*. Chicago: University of Chicago Press.
- Willadino, R. (2004) *Procesos de exclusión e inclusión social de jóvenes en el contexto urbano brasileño: un análisis de trayectorias de violencia y estrategias de resistencia*. Tesis de Doctorado para la obtención del título Doctor en Ciencias Políticas, Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, Universidad Complutense de Madrid: Madrid.